8396

Pedro el negro

(Drama)

LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
POLITICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
de los Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

DON JERÓNIMO BECKER

Esta obra, que acaba de ponerse á la venta, contiene en amplio y fiel extracto los principales tratados; examina con imparcialidad la historia de éstos, señala sus defectos y expone con minuciosos detalles lo referente á las relaciones exteriores de España, siendo, por tanto, de gran interés para conocer de un modo exacto el aspecto diplomático de la cuestión cubana.

Un tomo en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN
DE LAS
LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS
mandadas imprimir y publicar

POR

LA MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

Quinta edición, corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, con la aprobación de la Regencia provisional del reino.

Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

Colección completa de todos los tomos publicados por esta sociedad, de que se hallan la mayor parte agotados.

Van publicados 38 tomos en 4.°—Precio, 900 pesetas.

También hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO
DE
SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el dia, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

PEDRO EL NEGRO,

ó LOS BANDIDOS DE LA LORENA.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

Escrito en francés por MM. P. Dinaux y E. Suc.

(Traducido por D. C. G. Doncel y D. L. Valladares.)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 1 DE JUNIO DE 1843.

ACTORES.

PEDRO EL NEGRO, Baron de Spachman. . .	Don F. Lumbreras.
ANDRES, Molinero.	Don A. Alvera.
EL CURA FRANVAL.	Don P. Lopez.
GÁUFRÉ, Bandido.	Don A. Azcona.
OCULI, Sacristan.	Don J. Torroba.
BRIN, Mozo del molino y bandido.	Don J. Carceller.
ROLANDO, Bandido y criado de Pedro. . .	Don J. Fernandez.
MAX, Bandido.	Don N. Garcia.
PABLO, Mozo del molino.	Don R. Aropardo.
PASCUAL.	Don V. Caltañazor.
MARIANA.	Doña J. Perez.
URSULA, Madre de Andrés.	Doña C. Sampelayo.

Mozos del Molino, Criados, Bandidos y Soldados.

ACTO PRIMERO.

Cuarto interior de un molino. A la derecha en primer término una puerta que conduce al cuarto de Ursula. A la izquierda en el mismo término otra puerta; en tercero una escalera que conduce al piso bajo y al segundo. En el fondo la puerta de entrada, y á la derecha un armero con varias escopetas de diferentes tamaños, hoces y horquillas: á su lado una gran ventana.

ESCENA I.

Al levantarse el telon cuatro mozos del molino estan arreglando el cuarto: Brin baja por la escalera. Se oye el ruido del molino.

BRIN, MOLINEROS, *y despues* OCULI.

BRIN, *abriendo la ventana del fondo y gritando.*

Recoged las velas: el viento es muy fuerte... (*cesa el ruido. A los que están en el cuarto*) Vosotros ved si están en buen estado esas armas. (*los mozos cogen las escopetas y las limpian. Aparte*) Sino fuera porque el maldito Andrés nuestro amo me causa algun respetillo, descomponia todas las llaves: es un hombre con quien no se puede gastar chanzas (*alto*) Calla! aqui tenemos á Oculi con su piporro.

OCULI, *entrando por el fondo con un piporro debajo del brazo.*

Cada uno lleva las insignias de su profesion: tu tienes ese capisayo blanco y la cara llena de harina, porque eres mozo del molino

678709

de la Señora Ursula Dumoutier : yo como sacristan de la parroquia de Formentry y al servicio del Sr. Cura Franval, no puedo llevar otra que este piporro, porque las campanas pesan demasiado... ademas, yo cuido mucho este instrumento.

BRIN.

Sí, lo merece: un piporro que berrea como un buey cuando tiene muermo. Mejor quiero oir á tus malditas campanas.

OCULI.

Cuidado con hablar mal de Cabriola y Pirueta.

BRIN.

Vaya unos nombres con que las has bautizado!

OCULI.

El Señor Cura Franval me ha dado su permiso: es mi gefe.

BRIN.

El Cura Franval!.. un Cura que ha sido dragon.

OCULI.

Y que tiene un puño y unos pulmones que ya! ya! Una vez pegó un resoplido en Benito... y me lo rajó.

BRIN.

Qué Benito es ese?

OCULI, *enseñando el piporro.*

Este.

BRIN.

Tambien le has bautizado?

OCULI.

Yo bautizo á todos mis utensilios... asi me entiendo mejor. Si no tuviera tanto miedo á las armas de fuego tendria una escopeta y la llamaria Eleonora.

BRIN.

No es malo entonces que el Sr. Cura sea tan fortachon y tan animoso, porque si no fuera por él te moririas de miedo en la rectoría.

OCULI.

No lo niego: como he visto muy cerca el peligro no es estraño .. el gato escaldado... ya sabeis. Si hubieras tu estado hace ocho años en la granja del tio Pascual cuando los bandidos... esos endiablados que se les conoce con el nombre de calentadores...

Los mozos que estaban en el fondo se acercan al oir esto y se ponen á escuchar.

BRIN.

Ba! los calentadores!...

OCULI.

No hay ba! que valga... si querrás negarlo?

BRIN.

Son cuentos de brujas.

OCULI.

Pues dime, y la partida de Juan el desollador?

BRIN.

Está á veinte leguas de aqui... allá por el Rhin.

OCULI.

Y la de Pedro el Negro que anda correteando por estos contornos?

BRIN.

Sandeces... quién ha visto á Pedro el Negro?

OCULI.

Nadie... pues eso es lo que da mas miedo.

BRIN.

Estás loco, ó borracho?

OCULI.

Ni mas ni menos!... aunque nadie le ha visto se sabe muy bien que Pedro es un hombre fiel á su palabra y feroz como un tigre. Todos hablan del reloj que saca para decir á sus bandidos: « dentro de media hora, necesito tres cabezas: dentro de seis, cuatro palacios» Adios gracias, el gobierno ha enviado un regimiento de húsares en persecucion del desollador: si su partida se desvanda hácia aqui, ya está el pais prevenido á recibirla como merece. No, y lo que es el Sr. Andres vuestro amo no se descuida... ha puesto el molino como si fuera una fortaleza.

BRIN.

A qué me vienes ahora á contar lo que sé mejor que tu?.. Vamos á ver, y tu que buscas aqui esta tarde?

OCULI.

Vengo á decir á la Señora Dumoutier, madre del Señor Andres, que el Señor Franval va á venir á hacerlos compañía en la cena, porque tiene que hablarla.

BRIN.

Bien: voy á decírselo á la Señora.

Pasa á la derecha y habla á un mozo que entra en el cuarto de Ursula.

OCULI.

Pues como yo no las tengo todas conmigo, cuando estoy solo... voy á formar parte de vuestra velada: si Benito puede ser útil á la sociedad...

BRIN.

Temprano vienes á la velada.

OCULI.

Es que no me gusta salir de noche: la músi-

ea que cantan esos malditos buhos que andan por esos matorrales no me hace maldita gracia; ademas, hace cuatro dias que aparece á la caida de la tarde un lobo rabioso... ya lo sabrás... el que ha cogido un carnero á Pascual el cazurro, el hijo de aquel otro pobre que los bandidos...

BRIN.

Vaya otro estúpido!

OCULI.

Tienes razon en decir que es estúpido: pero no la hay para que digas «otro estúpido» mirándome á la cara.

BRIN.

Cierto: es mas tonto que tú.

OCULI.

Asi me gusta: es necesario ser justos.

Dirigiendose al fondo.

BRIN.

Y á mas de tonto, es un holgazan... por no hacer nada, ni aun habla cuatro palabras seguidas.

OCULI, *mirando por la ventana.*

Calla! aqui viene Timoleon.

BRIN.

Y quién es ese amigo?

OCULI.

Timoleon? el burro del cuervo.

BRIN.

Cada vez te voy entendiendo menos.

OCULI.

El borrico de la posada del Cuervo... Timoleon llamo al borrico que viene tirando de la tartana del Sr. Gaufré el posadero.

BRIN.

Viene de veras?

OCULI.

Miralo... no puedo ver á ese hombre: se me ha metido en la cabeza que es un mal vicho... por de pronto ya es posadero, y basta y sobra...

BRIN.

Silencio! ya sube la escalera con su hija Mariana.

OCULI.

Su hija es otra cosa, goza uno en verla la cara... es imposible que sea su padre ese tio.

ESCENA II.

DICHOS, GAUFRE *y* MARIANA.

GAUFRE.

Buenas tardes, amigos mios, muy buenas tardes.

BRIN Y OCULI.

Felices Sr. Gaufré, felices Señorita.

Los mozos saludan y se van dos por la izquierda y otro por la escalera.

MARIANA.

Mil gracias, Señor sacristan: cómo está Cabriola?

OCULI.

Deseando andar á vuelo para anunciar vuestro casamiento... lo mismo que su hermana Pirueta.

GAUFRE.

Y que tenemos de nuevo?

BRIN, *haciendo señas de inteligencia.*

Ya sabreis Sr. Gaufre que tenemos un preso en el molino.

MARIANA.

Un preso?

GAUFRE.

Asi me lo han dicho... un paisano que venia amenudo al pais... (*haciendo como que busca un nombre*) No se llama Mars... ó Max, ó?...

MARIANA.

Es el que Andres cogió anoche?

OCULI.

El mismo; y con que brios! el tal pájaro tiene todas las trazas de un bandido hecho y derecho. No queria dejarse coger y le tiró al Sr. Andres un pistoletazo...

MARIANA.

Ay Dios mio!

OCULI.

No hay cuidado... el mismo efecto hizo que si soplára á mi Benito por arriba. El Sr. Andrés me le cogió el brazo como con unas tenazas y me le trajo aqui bien atado, donde le tiene hasta tanto que esté disponible la cárcel del pueblo.

GAUFRE, *con intencion.*

Y qué dice el preso?

BRIN, *lo mismo.*

Nada.

GAUFRÉ, *con intencion y despues de dar un suspiro.*

Es lo mejor que puede hacer... pero no hay que detenernos en lo que no nos importa... la noche va cerrando y no es cosa de atravesar esos campos con la oscuridad... Venimos á traer á la Señora el dinero de los últimos cuatro meses: pero si está ocupada se lo podremos entregar á Andres... no la incomodes Brin. (*bajo*) Esto es mas conveniente.

BRIN.

Voy á avisarle... está arriba.

OCULI.

Pues yo me voy á esperar la velada con mi Benito debajo del brazo.

Brin sube la escalera de la derecha, y Oculi se va por la izquierda.

ESCENA III.

MARIANA, GAUFRE.

GAUFRE.

Oye, Mariana... durante el camino quise decirte una cosa y como te vi tan distraida mirando la caida del sol, no quise estorvar tu diversion.

MARIANA.

Ya sabeis que siempre estoy dispuesta á escucharos.

GAUFRE.

Cierto, muy cierto. Si no eres cariñosa, al menos eres obediente. Este es el caso: debemos á la Señora cuatrocientos cincuenta francos por los cuatro meses vencidos de nuestro arrendamiento, y en este taleguillo no vienen mas que doscientos ochenta.

MARIANA.

La última vez me mandásteis traer solamente trescientos, y creo que despues habreis completado aquella cantidad.

GAUFRE.

Por supuesto! (*aparte*) Qué candidez! no comprende esta muchacha que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

MARIANA.

Me parece que vienen.

GAUFRE, *dándola el taleguillo.*

Me tiene con cuidado la tartana; creo que se ha descompuesto... voy á ver y vuelvo al momento. (*aparte*) No los perdamos de vista.

Se vá por el fondo y en cuanto baja Andres, vuelve á aparecer con sigilo ocultándose detras de la escalera.

ESCENA IV.

ANDRES, MARIANA, GAUFRE *oculto.*

ANDRES.

Será cierto lo que me han dicho, Mariana?.. Habeis tenido la bondad de llamarme...

MARIANA.

Yo?... no, no he sido yo... tenia que hablar á la Señora...

ANDRES.

Pues si me ha dicho Brin... mucho siento que me hayais sacado de la duda.

MARIANA.

Habrá entendido mal... porque vengo á un asunto...

ANDRES.

Hablemos pues del asunto.

MARIANA.

Sobre el pago de nuestro arrendamiento.

ANDRES, *mirándola sin escucharla.*

Ah! ha vencido?

MARIANA.

Ya lo creo... hoy es San Juan.

ANDRES, *lo mismo.*

No me acordaba.

MARIANA.

Mal dia para mucha gente.

ANDRES.

No lo es para mi.

GAUFRE, *aparte.*

No va malo.

MARIANA.

Mi padre no es tan rico como vos...

ANDRES.

Quiere decir que todos los dias son buenos para mi: no los tengo sin embargo tan felices como el de hoy.

MARIANA.

Mi padre no ha podido reunir los cuatrocientos cincuenta francos, y aunque con mucha vergüenza vengo á entregaros doscientos ochenta...

ANDRES.

Vergüenza! y por qué? porque venis á verme? ya que me habeis prohibido que yo vaya á veros...

MARIANA.

Como faltan ciento setenta francos para completar la cantidad...

ANDRES.

Falte lo que falte... no dejeis de venir por eso.

Va á sentarse á una mesa colocada á la derecha, y sienta el pago en un libro.

GAUFRE, *aparte.*

Bestia de mi! hubiera podido traer solo doscientos.

MARIANA.

Cuantas bondades, Sr. Andrés! Creed que nuestro agradecimiento será eterno.

ANDRES.

Vuestro agradecimiento! siempre lo mismo.

GAUFRE, *aparte.*

Poco á poco... esto ya va siendo demasiado tierno y no me acomoda.

MARIANA, *viendo á Gaufre.*

Padre! venid á dar las gracias al Sr. Andrés.

ANDRES, *aparte.*

Cuando se presenta este hombre se desvanecen todas mis ilusiones.

GAUFRE.

Pues qué! será posible? sois tan bueno que consentis en esa rebaja de nuestro arrendamiento?

MARIANA, *bajo.*

Me habiais hablado solamente de demorar el pago.

GAUFRE, *bajo.*

Cierto: pero cuando las cosas se pueden arreglar de una vez, no hay que perder tiempo. (*alto*) Con que estamos...

ANDRES.

Si Señor... hablaré á mi madre, y todo se compondrá.

GAUFRE, *aparte.*

Desvanezcamos ahora sus esperanzas. (*alto*) Ya lo ves Mariana... eres poco agradecida á tantos favores.

ANDRES.

Qué decis?

GAUFRE.

Nunca mienta vuestro nombre... Siempre tiene en la memoria al baron Spachman que no nos ha favorecido ni la mitad... Siempre está hablando de él.

ANDRES, *levantándose.*

Del Baron?

MARIANA.

Pero Señor!..

GAUFRE.

Qué quieres que yo diga?... si es la verdad. Cuando viene á vernos el Baron, le recibes con tanta amabilidad, sin turbarte, sin bajar los ojos, y cuando estás delante del Sr. Andrés, parece que quieres marcharte cuanto antes. Es tan buen muchacho! nada te ha hecho que merezca esa aspereza que tu le muestras.

ANDRES, *aparte.*

No sabe este hombre el mal que me está haciendo.

MARIANA.

Padre mio!

ESCENA V.

DICHOS, BRIN, PABLO *y varios* MOZOS *del molino.*

VOCES, *dentro.*

Señor Andrés!... Señor Andrés!...

ANDRES.

Qué sucede? á qué vienen esos gritos?

Aparecen los mozos subiendo la escalera interior, viniendo en medio de ellos Brin pálido y desconcertado.

PABLO, *á Brin.*

Anda tu... habla...

ANDRES.

Qué es ello, Brin?

GAUFRE, *aparte mirando á Brin.*

Aqui hay algo.

MOZOS, *á Brin.*

Vamos, habla.

BRIN, *balbuciente.*

Señor Andrés... quieren hablaros... abajo.

ANDRES.

Quién?

BRIN, *aumentando mas su perplegidad.*

El preso.

MOZOS, *con alegria.*

El preso, si Señor.

GAUFRE, *aparte.*

Max!

ANDRES.

Y qué me quiere?

BRIN.

Dice...

ANDRES.

Qué dice? vamos, acaba.

BRIN.

Promete hacer una revelacion... á las autoridades.

GAUFRE, *aparte.*

Revelaciones!... puede perderme.

BRIN.

Pero antes de todo quiere hablaros.

ANDRES.

A mi?

BRIN.

A vos solo.

ANDRES.

Allá voy pues. Adios Mariana... adios.

Baja la escalera.

PABLO, *á Brin.*

Vamos... qué es eso? te quedas ahi? parece mudo... si se habrá vuelto tonto como Pascual el cazurro. Vamos abajo.

Se van, llevándole entre ellos.

ESCENA VI.

GAUFRE, MARIANA.

Mariana triste y pensativa va á sentarse junto a la mesa. Gaufre inquieto y receloso sigue á Andrés con la vista.

GAUFRE, *aparte.*

Debí desconfiar de ese Max: no tiene ánimo ni sagacidad... Ya no tengo autoridad sobre él pero en cambio tengo ahora bastante sobre Andrés... Qué torpeza la mia!... acabo de desesperanzarle... aun hay tiempo quizás. (*alto acercándose á Mariana*) Qué reflexiva, y qué triste estás Mariana!

MARIANA.

Mas lo está Andrés que yo...

GAUFRE.

Puede ser que le interese la suerte de ese pobre Max.

MARIANA.

No lo creo.

GAUFRE.

Pues entonces, qué puede haberle puesto tan triste?

MARIANA.

Le habeis dicho que yo amo al Baron Spachman?

GAUFRE.

Es verdad: mi franqueza me ha hecho hablar mas de lo que debia.

MARIANA, *levantándose.*

Me habeis culpado de ingratitud, y bien sabe Dios que sin motivo.

GAUFRE, *con fingido asombro.*

Qué me cuentas! ay Dios mio! estaré yo acaso equivocado? háblame con toda franqueza.

MARIANA.

No deseo otra cosa.

GAUFRE.

Por qué no viene Andrés á vernos?

Va oscureciendo poco á poco.

MARIANA.

Porque me habeis prohibido recibirle.

GAUFRE.

De veras! habrá sido algun dia en que crei darte gusto en ello.

MARIANA.

Pues me hicisteis penar mas de lo que os parece.

GAUFRE.

Lo que no puedes negar es, el despego que muestras en su presencia... te turbas... enmudeces... mientras que con el Baron...

MARIANA.

Cuando veo al Barón Spachman me importa poco su presencia; pero delante de Andres.. es otra cosa.

GAUFRE.

Soy un topo! ingratitud! no es mala vive Dios!... es el amor, no hay duda... y le he engañado á ese pobre chico!..

MARIANA.

No se le puede desengañar todavia?

GAUFRE.

Mucho que sí... pero hoy ya no hay tiempo.

MARIANA

El me parece que sube la escalera.

GAUFRE, *mirando por la ventana.*

La noche ha cerrado enteramente, y no trae muy buena cara... es preciso enganchar cuanto antes... ven á buscarme dentro de un cuarto de hora. (*aparte*) Ahora ya puede Max revelarle todo lo que quiera .. seguro le tengo.

Se va por el fondo, y Andres aparece por la escalera.

ESCENA VII.

MARIANA, ANDRES.

ANDRES, *á dos mozos que vienen con él.*

Vamos á tener tempestad. Pascual no ha vuelto con el ganado: no será malo que vayais á buscar á ese pobre muchacho. (*los mozos se van por el fondo despues de haber puesto una luz en la mesa*) Ah! todavia estais aqui Marianita?

MARIANA, *con alegria.*

Todavia, sí Señor.

ANDRES *tristemente.*

Nunca os he visto tan alegre.

MARIANA.

Es porque nunca he estado tan contenta como ahora.

ANDRES.

Quizás por lo que acaba de decir vuestro padre?

MARIANA.

Lo habeis adivinado.

ANDRES.

Ah! sois muy cruel!

MARIANA.

Escuchad. Despues que os marchasteis, mi padre me ha preguntado con mas bondad que acostumbra, el motivo de mi tristeza: yo me he atrevido á responderle y ha descubierto que vivia muy engañado sobre ese particular.

ANDRES.

Qué decis?

MARIANA

Que no soy ni he sido nunca tan ingrata como el decia, sino al contrario...

ANDRES.

Acabad.

MARIANA.

Que os amaba.

ANDRES.

Mariana! Mariana! Es verdad lo que decis?

MARIANA

Ya podeis conocerlo en la alegria que siente mi corazon al revelároslo.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* FRANVAL.

FRANVAL, *entra par el fondo sacudiendo el sombrero.*

Maldito tiempo!.. esclamaclon que hubiera yo hecho cuando era soldado.

ANDRES Y MARIANA, *dirigiéndose á él con alegria.*

Señor Cura! Señor Franval!

FRANVAL.

Qué hay de nuevo, hijos mios? estais tan alegres... tan contentos.

ANDRES.

Ya lo creo tenemos que deciros un secreto.

FRANVAL.

Un secreto?

MARIANA.

Que se puede decir en alta voz.

FRANVAL, *con alegria afectuosa.*

Y los dos el mismo secreto?

ANDRES, *cogiendo la mano de Mariana.*

El mismo: no es cierto Mariana?

FRANVAL.

Hum! cuando era yo soldado lo hubiese adivinado .. ahora no entiendo de nada de esto... como no sea cosa que pertenezca á alguno de los sacramentos.

MARIANA.

Pues de eso se trata: en cuanto hayais hablado á mi padre.

ANDRES.

Y á mi madre.

FRANVAL.

Corriente. Hoy parece que estoy destinado á ser el embajador de todo el mundo.

ESCENA IX.

DICHOS, PASCUAL.

Este entra por el fondo andando á lo patan con la cabeza baja y trae una cosa abultada bajo la blusa.

FRANVAL, *al verle entrar*

Ola! ya estás aqui, pillete!

ANDRES.

No le riñais.

FRANVAL.

Sí, ya sé que es tu protegido: pero no importa. Habrase visto cosa como ella! no sabes que todos los pastores están con cien ojos por el lobo que ha aparecido estos dias? por que abandonas el ganado?

MARIANA.

Tendrá miedo á la tempestad.

FRANVAL.

Ca! Estaba raso todavia cuando me encontré al ganado sin nadie que lo guardára... estuve llamándole á grito pelado: pero nada! me he visto precisado á traerlo yo mismo, calándome hasta los huesos, porque esos animales andan tan de prisa como los patos.

ANDRES.

Habeis sido en un todo el buen pastor

FRANVAL.

El buen pastor lleva una oveja en los hombros, y puede echar á correr si llueve: pero yo traia doscientas y tenia que ajustarme á su paso. Sí, reid lo que querais; luego veremos si no quiero casaros. (*Mariana para ocultar la risa pasa por detrás del Cura y se pone cerca de la mesa. Á Pascual*) Qué hacias tú mientras tanto?

Pascual que se ha acercado á la mesa, deja sobre ella lo que tenia oculto entre la blusa. Mariana de un grito y pasa asustada al otro lado.

FRANVAL.

Qué es eso?

ANDRES, *mirando.*

La cabeza del lobo! Eres tú quien le ha muerto?

PASCUAL, *con orgullo.*

Toma!

FRANVAL.

Qué quieres decir con esa esclamacion? que has sido tú? (*Pascual no responde*) Pues eres un solemne embustero: en la vida has manejado un arma de fuego, y ni aun sabes lo que es una escopeta. No puedes por consiguiente haberle muerto, porque tiene un balazo en la frente... habrá sido otro.

PASCUAL, *bajando la cabeza y balbuciente.*

Vaya!

FRANVAL.

Oye picaruelo... tienes licencia para ser todo lo estúpido que quieras, pero cuidado con mentir; porque á la primera que te pille yo sabré corregirte, ya que no te hacen mella mis sermones porque no los entiendes. Te agarraré de una oreja como lo hacia cuando era soldado...

Pascual vuelve á ocultar la cabeza y se va tristemente por la puerta de la izquierda.

MARIANA.

Pobre muchacho! me dá compasion... no entiende nada de lo que se le dice.

FRANVAL.

Es verdad... he sido un poco vivo, me he dejado llevar de mi génio. Antes de amenazarle debia tratar de que me entendiera... en este estado me le encontré á la vuelta de mis campañas. Teneis razon, Mariana, es preciso hacerle entender con suavidad... voy á emprender su cura: para esto será preciso que me cuente Andrés la causa de su enfermedad.

MARIANA.

Ya viene la Señora.

ANDRES.

Mi madre! (*llamando*) Que saquen la cena... Que vengan todos.

Ursula sale de su cuarto y va á hablar al Cura y á Mariana. Varios mozos sacan del cuarto de la izquierda una mesa larga que colocar al mismo lado, poniendo bancos y cubierlos; colocándose todos los del molino. Al mismo tiempo otros criados ponen cuatro cubiertos en la mesa de la derecha. Oculi y las criadas salen por la izquierda. Pablo y dos mozos por el fondo: Brin y otros dos por la escalera. Pasa todo esto durante el diálogo siguiente:

ESCENA X.

DICHOS, URSULA, OCULI, BRIN, MOLINEROS, CRIADAS, *y* PASCUAL.

FRANVAL, *á la Señora.*

Os pido mil perdones, Señora, de haberme convidado yo mismo á cenar en vuestra compañía, y de haber traido por apéndice á mi sacristan: ya sabreis que tenemos que hablar.

URSULA.

Todo lo que hagais está bien hecho Sr. Cura: yo tambien tengo que anunciaros otro convidado.

ANDRES.

Y quién es?

URSULA.

Marianita.

MARIANA.

Pues y mi padre?

URSULA.

Ha tenido que marcharse á pesar del mal tiempo, y para no esponeros ha accedido á las vivas instancias que le hice de que os dejára en mi compañía hasta mañana.

ANDRES.

No sabeis lo mucho que me agrada esta noticia, madre mia. (*á los molineros*) Están bien cerradas todas las puertas?

PABLO.

Si Señor... aqui están las llaves.

Se sienta en la mesa grande.

ANDRES.

Bien: ya que todos están dentro podeis quitar la escalera grande, (*todos se van sentando en sus mesas respectivas*) Dentro de poco tendré que llevar el preso al calabozo que ya está en buen estado: bajaré por la escalerilla. El Señor Cura y el Sacristan podrán bajar por el mismo camino?

FRANVAL.

No que no!... con otras escalas peores he asaltado murallas... mi Sacristan está tambien acostumbrado á subir la del campanario que no será mejor que la vuestra.

URSULA.

Qué tienes Andres? no cenas?

ANDRES.

Estoy tan contento, madre mia! (*bajo*) luego sabreis el motivo.

FRANVAL.

Pues hombre, una vez que no comes, puedes distraernos contándonos algo que nos entretenga... y á propósito... cuéntame el suceso que le ha puesto al pobre Pascual en un estado tan deplorable... con eso sabré yo cómo me he de valer para en adelante.

ANDRES.

Corriente. Ya sabeis que aun antes de la revolucion habia un sinnúmero de malhechores en este pais, á pesar de la guerra tan cruda que les hacia el Conde Bianville, primera autoridad de la provincia. En cuanto empezaron los disturbios tuvo que ausentarse y nunca mas le hemos vuelto á ver. Entonces se cerraron todas las iglesias: nos cercó el enemigo; vos sentásteis plaza de soldado... llegásteis á oficial.

FRANVAL.

Decidme Mariana: qué le he dicho yo que nos cuente?

MARIANA.

La historia de Pascual.

FRANVAL.

Tal me habia parecido. (*á Andres*) Si quisieras pasar por alto la mia, nos harias merced. Creo que la sé mejor que tú.

ANDRES.

Con el trastorno general cesaron todos los

trabajos y se aumentó el número de las gentes dañinas; á ellas se juntaron una multitud de malhechores escapados de los presidios de desertores de todas naciones, en fin, de toda la gente mala que habia en el mundo. Una organizacion regular dió mas consistencia á estas partidas, y en poco tiempo tuvieron gefes aguerridos y leyes muy severas. Todo el pais se llenó en un momento de bandidos, que atacaban atrevidamente las chozas y los palacios, quemando los pies á los infelices que caian en sus manos hasta que forzados por el dolor revelaban el sitio donde tenian ocultas sus joyas y riquezas. (*Pascual se ha ido acercando poco á poco, y sin que nadie lo note se sienta en el suelo detrás de Andres*) El padre de Pascual tenia una granja de mi madre á unas cuantas leguas de aqui... nosotros le mirábamos mas como amigo que como criado: mi padre le debia la vida, y no pudiendo hacer que tomase una gran cantidad de dinero en premio de su servicio, le regaló su reloj para que le recordára la hora en que le habia salvado. Una noche cuando todos estaban dormidos en su casa, se abre la puerta de par en par á impulso de un fuerte golpazo, y aparecen varios hombres de mala catadura, entrando repentinamente en el cuarto. A los pocos momentos todos los infelices estaban atados con sogas sin poder defenderse de aquellos malvados, que empezaron á robar todo lo que habia en la casa. Despues de bastante tiempo volvieron al cuarto donde estaba atado el pobre viejo, y le preguntaron ferozmente dónde tenia oculto el dinero. El infeliz negaba como era la verdad que tuviera mas de lo que habian encontrado, y entonces ellos le quemaron los pies como tenian por costumbre, repitiendo las mismas preguntas y las mismas amenazas. El pobre muchacho que tenemos aqui, pudo desasirse de las sábanas en que le tenian envuelto y sacó la cabeza á los lamentos de su padre, pero el infeliz no podia defenderle. Quedó sepultado en el mayor asombro, sin poder conocer á ninguno de aquellos infames, porque todos llevaban oculto el rostro con un velo, ó pintado de negro. Lo único que pudo hacer fue contarlos, y segun lo repite á cada instante parece que eran trece.

PASCUAL, *aparte.*

Eran trece!

ANDRES.

Qué mas os he de contar? Cuando se fueron aquellos malvados, toda la granja estaba ardiendo: se acudió á socorrer á aquellos infelices, pero en vano: la mayor parte murieron, incluso el pobre viejo que espiró en medio de los dolores mas horribles.

MARIANA.

Qué horror!

OCULI, *levantándose y colocándose en medio de la escena.*

El Señor Andres no lo cuenta todo. Los pocos que se salvaron tuvieron muy buena colocacion en su casa: al pobre huérfano le han criado como á un hijo en ella: y al viejo le han dado sepultura en el cementerio, poniendo encima de la losa una cruz de piedra.

Mientras Oculi está hablando, Pascual se acerca á Andres y le besa la ropa.

MARIANA.

Habeis hecho una buena obra.

FRANVAL, *pegando con el cuchillo en la mesa.*

Asesinos! canalla!... como hubiera yo dicho cuando era soldado. Y no se ha podido limpiar el pais de...

ANDRES.

Se escaparon, y desde entonces...

Se oyen golpes.

URSULA.

Estan llamando á la puerta del patio.

OCULI, *á un mozo que se ha levantado para ir á abrir.*

No hay que abrir... vaya!

ANDRES, *sentado.*

Y por qué no? no somos bastantes para defendernos en caso necesario? (*al mozo dándole la llave*) Ve á abrir.

Todos se levantan.

OCULI.

Y si fuera alguno de la partida de Pedro el Negro?

ANDRES.

Y qué podria hacer contra tantos? Si es un pobre hombre que se ha perdido con la oscudad de la noche debemos darle hospitalidad.

FRANVAL.

Tiene razon Andrés: en esto no hay que vacilar.

ANDRES.

Ya es hora me parece de conducir el preso al calabozo; iran conmigo los que le estan custodiando, y en menos de media hora estoy de vuelta. (*al tiempo de salir se encuentra cara á cara con Pedro el Negro disfrazado de viejo con un traje lleno de harapos*) Ah! sois vos buen hombre, el que llamaba hace poco?

PEDRO, *desde la puerta.*

Quiza os molesto... pero la noche... ese aguacero... estoy muy cansado...

BAIN, *aparte en primer término.*

Esta voz...

ANDRES.

Entrad pues: tomareis un bocado junto á la lumbre, recobrareis las fuerzas. No sois del pais?

PEDRO.

Soy de quince leguas de aqui... y tengo que llegar cuanto antes, por eso me apresuro...

ANDRES.

Una razon mas para que descanseis. (*indicando la puerta de la izquierda*) Ahí se van á reunir todos para pasar la velada.

Váse.

URSULA.

Y Mariana la presidirá.

PEDRO, *dando algunos pasos y aparte.*

Mariana aquí! Vendrá por este maldito Andrés?

URSULA.

Soy con vos al momento, Sr. Franval.

FRANVAL.

Cuando querais, Señora.

Quitan la mesa pequeña, y la grande la colocan junto á la ventana. Pedro se acerca á Brin y le aprieta la mano con disimulo

PEDRO, *bajo.*

Aprendiz!

BRIN, *turbado y á media voz.*

Hermano!

PEDRO, *lo mismo.*

Obediencia.

BRIN, *lo mismo.*

Sigilo.

PEDRO, *lo mismo.*

Mañana á las seis en el castillo de Spachman.

BRIN, *lo mismo.*

Alli estaré.

OCULI, *á Brin y á Pedro.*

Eh! muchacho... y vos buen viejo venid... quereis quedaros ahi plantados como unas estacas?

Siguen á Oculi. Pascual que se ha quedado el último, mira con sorpresa á Brin y á Pedro, y entra despues de ellos.

ESCENA XI.

FRANVAL, URSULA.

FRANVAL.

Ya podeis figuraros Señora, que si os ha pedido una entrevista secreta, será para tratar de un asunto muy grave, que no tiene relacion ninguna con mi persona.

URSULA.

Lo conozco muy bien, Sr. Franval, porque siempre tomais con mas anhelo los asuntos de otros que los vuestros.

FRANVAL.

Cuando entré en el ejército en la época de la revolucion, me destinaron al cuerpo que mas tarde hizo la campaña de Italia. Yo estaba entonces en el estado mayor, y un dia que acababa de despachar con el General, me rogó que pusiera el sobre de una carta que tenia sobre el bufete. Cogí la pluma, y me dictó en estos términos: «Al Sr. Dumoutier molinero en Formentry.» No pude ocultarle mi asombro al oir pronunciar el nombre de vuestro marido, y conociéndolo el General, me hizo varias preguntas sobre mi nombre y familia, resultando una mútua confianza y revelándome que era el Conde de Bianville.

URSULA.

El infeliz Señor, cuya suerte aun ignoramos.

FRANVAL.

Habia escapado como yo a la persecucion buscando un asilo en el ejército: una estrecha amistad ligó bien pronto nuestros corazones, que por desgracia no fué muy duradera, pues cayó herido mortalmente en la batalla de Marengo. Antes de morir empleó las pocas fuerzas que le quedaban en escribir varias cartas, y despues me mandó llamar diciéndome: «Prometedme volver á Formentry donde deben ignorar mi suerte. Cuando recibais una carta de Berbay en Normandia, abrid el pliego que os confio; y sino recibis noticia ninguna, no lo abrais hasta que hayan pasado tres años despues de mi muerte.» Apenas pude oirle estas palabras porque estaba en los últimos momentos... no tardó mucho en espirar privándome la suerte de un amigo...

URSULA.

Que como los que teneis aqui conocia vuestra honradez y vuestro buen corazon.

FRANVAL.

Tres años han transcurrido desde la triste escena que acabo de contaros, y como no he recibido noticia alguna de Bernay, he abierto el pliego esta mañana encontrando con lo que vais á tener la bondad de oir. (*lee*) «Querido Franval: ya que no tengo esperanza de sobrevivir á mis males, id á ver á Dumoutier quien

os contara el pesar que ha envenenado el fin de mis dias. Para volver tambien á cada cual lo que le pertenece, distribuireis entre mis parientes mas cercanos la cantidad de trescientos mil francos en oro, billetes y pedreria que deje oculta en mi palacio Con solo presentar el adjunto anillo á mi notario el Sr. Lefeore, os dará este todas las noticias que necesiteis para encontrar el parage donde está oculto el tesoro. Os doy mi ultimo adios confiando en vuestra providad etc.» No sabia mi pobre amigo que vuestro esposo estaba destinado por el cielo á seguir muy pronto su misma suerte: pero como he creido que antes de morir os habria revelado este secreto, vengo á que me hagais todas las revelaciones conducentes á cumplir como mejor pueda la última voluntad de mi General.

URSULA.

No os habeis engañado, Sr. Franval: el Señor Conde nos habia confiado á los dos esa triste historia, porque como parientes...

FRANVAL.

Ah! erais parientes?

URSULA.

Mi marido fue el hijo menor de una noble familia... pero esto no es del caso. No hace mucho que Andrés os contaba la cruda guerra que el Conde de Bianville hizo á los malhechores de este pais, razon por lo cual atentaron varias veces á su vida y á la de su esposa que murió al dar a luz una niña. El Conde atribuyó á su crímen la muerte repentina de la Condesa, y temiendo por la suerte de su hija la envió secretamente a Bernay, confiándola al cuidado de otros parientes de cuyo cariño no dudaba. Se tomaron todas las precauciones necesarias para que ignorasen todos el parage donde estaba oculta la niña: pero fue inútil, porque al cabo de un año le arrebataron al Conde este último consuelo. Habian robado á Cecilia en la cuna, pero sin dejar rastro alguno de sangre. Algunos dias despues encontraron á cuatro leguas de Bernay su envoltura sin que indicara la menor violencia. Todo hacia esperar que vivia, y sin embargo fueron inutiles todas las investigaciones que se hicieron para averiguar su paradero, el que hasta ahora ignoramos segun las últimas noticias que he recibido de Bernay.

FRANVAL.

Esa pobre niña ha sido victima sin duda de una venganza cruel, y por desgracia será preciso renunciar á toda esperanza de volverla á ver. Mañana haré una visita al Baron Spachman, que hace dias que no se le ve por aqui; dicen que está malo.

URSULA.

Y qué le quereis?

FRANVAL.

Entenderme con él para buscar el tesoso del General... ya sabeis que vive en el palacio del Conde que está en secuestro aun, por pertenecer á un emigrado. (*suenan las campanas* Las campanas estan tocando las ánimas, y tengo que retirarme Señora.

ESCENA XII.

DICHOS, OCULI, BRIN, MARIANA, MOLINEROS, CRIADOS, PEDRO EL NEGRO, PASCUAL.

OCULI, *saliendo precipitadamente y dirigiéndose á la puerta del fondo.*

Señor Cura! Señor Cura!

FRANVAL.

Qué tenemos?

OCULI.

Las campanas están tocando solas á las ánimas.

FRANVAL.

Las tocará alguno que no se ha olvidado de la hora como tu.

OCULI.

Si serán los bandidos?

FRANVAL.

Déjate de sandeces.

OCULI.

Es que me estaban contando ahi unas cosas...

Cesan las campanas.

MARIANA, *á Ursula.*

Tiene razon: yo tambien me he asustado. Cuando empezaron á tocar las campanas estabamos todos acosados de un pavor tan grande...

Mientras dice esto Mariana han ido saliendo todos y forman corro.

FRANVAL.

Y qué contaban esos miedosos?

MARIANA.

Hacian mil conjeturas sobre el viajero que se alojó dias pasados en casa de mi padre...

PEDRO, *aparte.*

Escuchemos.

MARIANA.

Y del que al otro dia se encontró el caballo y la capa junto al despeñadero.

PEDRO, *aparte.*

Malvado Gaufré!

MARIANA.

Dicen que de tres años á esta parte se han encontrado en el bosque mas de diez hombres asesinados... todos con un tiro en la espalda.

URSULA.

Es cierto.

FRANVAL.

Si en verdad: pero creo eran del pais, ó se les conocia por gente de mala catadura. A todos se les ha encontrado con armas y con señales ciertas de ser unos bandidos. Dos de ellos eran el famoso remellado, y el terrible manquillo, dignos teuientes de Pedro el Negro de quien habla todo el mundo, y á quien nadie ha visto. No hay porque asustarse.

OCULI.

Pues dígame su merced, cómo se puede esplicar la mutilacion de los monumentos sagrados?

Movimiento general.

FRANVAL.

Otra majaderia de las tuyas.

OCULI.

No Señor: es la pura verdad. Hay algunos impios que se introducen en el cementerio... (*todos se agrupan y prestan mucha atencion*) y deterioran las sepultúras.

FRANVAL.

Señor Sacristan, eso ya es peor que una majaderia, es un embuste.

OCULI.

No Señor, á fe de mi nombre. Todas no diré yo, pero una... no me cabe duda.

FRANVAL.

Cuál?

OCULI.

La del padre de Pascual. Aun no es tán contentos con haberle asesinado.

FRANVAL.

Pues qué hacen en esa sepultúra?

OCULI.

Han hecho unas rayas muy hondas en la cruz que el Sr. Andrés mandó ponerle: primero vi una, despues dos, y despues... en fin la noche que se encontraron los cadáveres del remellado y del manquillo habia ya diez.

FRANVAL.

Pues si llegan á doce, ya te enseñaré yo á cerrar bien las puertas.

ESCENA XIII.

DICHOS, ANDRES, *entra por el foro.*

ANDRES.

Aun llego á tiempo para dar á todos las buenas noches.

FRANVAL.

Qué has hecho del prisionero?

ANDRES.

Ya está en el calabozo, con un centinela delante, dos á los lados, y detras el torrente que el aguacero acaba de engrosar.

PEDRO, *aparte.*

Bien. (*alto*) Felizmente no tengo necesidad de pasarlo.

ANDRES.

Pues qué! os vais?

PEDRO.

Solo esperaba que diérais la vuelta para daros las gracias por vuestra hospitalidad.

URSULA.

Podeis pasar aqui la noche si quereis.

PEDRO.

No puedo, Señora... me esperan

ANDRES.

Los caminos están muy malos.

PEDRO.

Para los jóvenes... mas para el que tiene encima sesenta años, ya está acostumbrado ..

OCULI.

Podeis tener algun encuentro poco agradable.

PEDRO.

Tengo valor y sé afrontar el peligro.

FRANVAL.

Pues entonces buen viaje.

PEDRO.

Gracias, Señor Cura.

FRANVAL.

Ea! buenas noches amigos mios

TODOS.

Buenas noches Sr. Franval.

Brin ha cogido una luz y se coloca en la escalera con dos mozos; una criada coge otra y siguéndola dos se dispone á entrar por la izquierda. Franval ha acompañado á Ursula y Mariana hasta su cuarto y se va por el fondo acompañado de Oculi y otros dos mozos. Andrés se dispone á salir.

ANDRES.

Voy á poner algunas centinelas. (*á Pascual que mira con recelo*) Y tu pobrecillo, no vas

á acostarte? (*Pascual sin volver la cabeza se tumba delante de la puerta del cuarto de Ursula*) Qué es eso? Delante del cuarto de mi madre y de Mariana?

PASCUAL.

Toma!

ANDRES, *asombrado*

Este muchacho es incomprensible.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Una sala en el castillo del Baron Spachman. Cinco puertas: la principal en el fondo. A la derecha en primer termino entrada secreta: á la izquierda en el angulo puerta que conduce á lo interior: mesa y sillas.

ESCENA I.

ROLANDO.

Ya no deben tardar, son las cinco y media... al atravesar el ala izquierda he oido la señal. Algo vamos á tener de nuevo. De algun tiempo á esta parte Pedro el Negro se ausenta todas las noches y hace decir que está enfermo. (*dan tres golpes en la puerta secreta*) Ya vienen. (*acercándose á la puerta*) Quién va?

VOZ DENTRO.

Fuego ardiente.

Abre y entra Brin.

ESCENA II.

ROLANDO *y* BRIN.

ROLANDO.

Eres tú Brin?

BRIN.

En carne y hueso.

ROLANDO.

Mucho madrugas.

BRIN.

Nuestro amo tiene la culpa: ayer le he visto en el molino.

ROLANDO.

Ese hombre está en todas partes. Tambien ha ido á las rocas negras á decir al vigilante que cite á todos los que se reunen alli por la noche. A qué hora se fué del molino?

BRIN.

A la oracion.. otro tanto debia yo haber hecho.

ROLANDO.

Por qué?

BRIN.

Se me ha figurado que me seguian: si Pascual el idiota no hubiera muerto al lobo, diria que me venia dando caza: cada vez que la luna se ocultaba, me parecia ver una cosa que se acercaba á mí dando saltos: pero no he podido saber lo que era porque siempre estuvo algo lejos.

Pegan tres golpes.

ROLANDO.

Quién va?

VOCES DENTRO.

«Fuego ardiente.»

ESCENA III.

DICHOS, GAUFRE *y* BANDIDOS.

ROLANDO.

Buenos dias, papa Gaufré.

GAUFRE.

Felices, hijos mios. Dónde está el amo?

ROLANDO.

Aun no ha vuelto.

GAUFRE.

Está en su derecho. El artículo primero de nuestro reglamento dice que el gefe no tiene que dar cuenta á nadie de sus acciones, al menos que no infrinjan el reglamento.

ROLANDO.

Lo sabeis á dedillo, buen Gaufré.

GAUFRE.

Cuando hay leyes se deben cumplir exactamente... qué diablos! no somos salvajes. Ante todo el reglamento; y asi van bien nuestros negocios. Artículo 7.º El botin se repartirá á partes iguales entre los hermanos: á los novicios les toca media y al gefe cinco.

BRIN.

Cinco partes!

GAUFRE.

Pues qué, no tiene que sostener su rango?

BRIN.

Su rango! su rango!

GAUFRE.

Artículo 3.º Despues de entrar en la compañía continuará egerciendo cada cual el oficio que tenia para no infundir sospechas. Tú has quedado de mozo del molino y el gefe ha seguido siendo Baron, frecuentando todas las reuniones de la gente acomodada, para evitar los lazos que nos tiende el gobierno, y para saber á ciencia cierta cuándo se deben dar los golpes mas seguros. Algunos creen que para ser bandido de nuestra especie no se necesita saber mas que forzar una puerta, dar una puñalada, ó quemar los pies á los que no dicen dónde tienen oculto el dinero; sí, que si quieres! se necesitan cualidades mas sólidas... es preciso ser sóbrio para no caer en manos de nuestros enemigos, como el borracho de Mauricio... y mas casto que Max, á quien han pillado...

ROLANDO.

Con que ha sido cierto?

GAUFRE.

El maldito Andrés le ha echado el guante. Dice bien el artículo 14. Nadie se arriesgará á comprometer la sociedad entera, obrando aisladamente y por interés particular.

ROLANDO, *que se ha diriqido á la puerta del fondo.*

Compañeros, el gefe viene.

GAUFRE.

Dónde está?

ROLANDO.

Acaba de hacer entrar en su cuarto á un hombre que no he podido conocer. (*vuelve á cerrar la puerta, y mira por la que está en el ángulo*) Aqui está.

ESCENA IV.

DICHOS, *el* BARON *entrando por la puerta del ángulo.*

BARON.

Compañeros! hay malas noticias.

TODOS.

Qué sucede?

BARON.

Han batido á la partida de Juan, y la siguen persiguiendo. Esperaban pasar el Rhin, y les ha sido imposible hacerlo, porque toda la ribera está guarnecida de soldados. No les ha quedado mas recurso que el de internarse en el bosque de estos contornos; pero como tambien hay tropa, debemos protegerlos.

GAUFRE.

Asi lo dice el artículo 10.

BARON.

Es preciso dar un golpe atrevido hoy mismo, llamando la atencion de las tropas hácia el punto que ataquemos, y de este modo lograrán salvarse nuestros compañeros. Vamos á atacar al molino.

GAUFRE.

Cuando?

BARON.

Dentro de una hora.

GAUFRE.

Dentro de una hora! (*aparte*) Ya no estará Mariana.

BARON.

Allí tenemos un enemigo peligroso.

GAUFRE, *aparte.*

El muy trucha no dice un rival en amor.

BARON.

Dicen que es rica la molinera, en éstos dias debe haber recibido algunos pagos.

GAUFRE.

Antes que se haga ningun reparto, reclamo doscientos ochenta francos que la llevé anoche.

GAUFRE.

Estais dispuestos?

TODOS.

Sí.

GAUFRE.

Pero y el prisionero? el reglamento manda que le salvemos.

BARON, *con intencion.*

Tienes razon: es preciso cumplir el reglamento al pie de la letra.

GAUFRE, *aparte.*

Cómo me mira!

BARON.

Teneis media hora de término para tomar las armas y los disfraces... venid despues aqui donde puede que tengamos que castigar á dos culpables. (*á Gaufre*) Quédate.

GAUFRE, *aparte.*

No las tengo todas conmigo... si sabrá?...

ESCENA V.

El BARON, GAUFRE.

BARON.

Hace seis dias que llegó á tu posada un hombre con un caballo blanco y una capa con galon de plata.

GAUFRE.

Cierto! al otro dia se marchó como puede asegurároslo el panadero.

BARON.

Tú le has dado muerte y le has robado. Montaste en su mismo caballo, te pusiste su capa, y al romper el dia pasaste espresamente por delante de la tahona para que digesen que eras el viagero.

GAUFRE, *turbado.*

Te han informado mal.

BARON.

El reglamento prohibe toda empresa particular, y castiga la falta con la muerte.

GAUFRE, *aparte.*

Mucho aprieta. Saquemos á Mariana (*alto*) Te digo que te han informado mal y lo sostengo.

BARON.

Pruébamelo.

GAUFRE.

Ese viagero paró efectivamente en mi posada... por mas señas, Mariana fue quien le recibió... estábamos entonces hablando casualmente sobre sus ideas de casamiento con Andrés...

BARON.

Siempre este hombre! No se trata de eso: el viajero...

GAUFRE.

Entró justamente cuando Mariana estaba enjugando sus lágrimas... se puso á llorar porque me oponia á este casamiento.

BARON.

Pero el viagero? .. vamos.

GAUFRE.

El viagero la dijo: ¿qué teneis pobre niña?..

BARON.

Mientes! no tengo tiempo para oirte esos embustes. Quien fue á las dos de la mañana con una linterna al cercado á enterrar un cofrecillo?

GAUFRE, *aparte.*

Caramba! Si sabe que está lleno de oro estoy perdido... ya encontré un medio (*alto*) A enterrar un cofrecillo? Fui yo.

BARON.

Lo confiesas?

GAUFRE.

Confieso que fui al cercado á enterrar un cofrecillo que contenia .. (*bajo*) nos oye alguien? (*aparte*) Demos el golpe de mano. (*alto*) que contiene unos papeles que prueban como Mariana no es mi hija.

BARON.

No es tu hija?

GAUFRE, *aparte.*

Y digo la verdad (*alto*) Ya habreis oido hablar del Conde Bianville.

BARON.

Si por cierto, nadie sabe qué ha sido de él. Unos dicen que ha muerto, y otros que está en el estrangero.

GAUFRE.

Pues Mariana es su hija, y yo tengo las pruebas: pero volvamos al viajero...

BARON.

Hija del Conde de Bianville!

GAUFRE.

Y única heredera. El viagero me pidió de cenar y me dijo...

BARON.

Ahora me acuerdo que me han hablado de una niña que desapareció...

GAUFRE.

Pues como digo, el viagero...

BARON.

Bien, ya te creo: pero como es que Mariana?...

GAUFRE.

Escúchame. Tu no eras aun el Baron Spachman de dia y Pedro el Negro de noche, cuando yo me ejercitaba en algunas correrias con varios amigos, que fueron cayendo poco á poco en manos del Conde de Bianville.

BARON.

Pero qué tiene que ver?...

GAUFRE.

Ten un poco de paciencia. Yo quise conjurar la tempestad que me amenazaba y se me ocurrió una idea que podria ponerme á cubierto en lo sucesivo. El Conde Bianville tenia una hija, que por temor de las represalias, la habia mandado secretamente á Normandia: yo tuve bastante maña para descubrir su huronera, y al cabo de un tiempo y de mil trabajillos llegué á escamotar la chica.

BARON.

Y para qué?

GAUFRE.

Para que si el Conde me llegara á echar la garra decirle: «quereis ver á vuestra hija? Yo se donde está, y os lo diré si me dais todas las garantias necesarias para salir de Francia.» Los sucesos políticos han dado al traste con

mi proyecto; pero aun conservo los medios de hacerla reconocer como hija del Conde de Bianville, y en cuanto se divulgue la muerte de este buen Señor, puedo hacer valer el derecho que la asiste sobre esa herencia que dicen que es considerable.

BARON.

Inmensa!

GAUFRE.

Me volverias á repetir el artículo 14 si te dijera: «tu posicion te da derecho á casarte con Mariana, á quien amas hace tiempo?»

BARON.

Qué dices?

GAUFRE.

Poco á poco. Me firmarás una obligacion de pagarme una buena cantidad al dia siguiente de la boda... ó mejor á la víspera.

BARON.

Si me pruebas efectivamente que Mariana es hija...

GAUFRE.

Lo mismo que te he probado, que el viagero fué quien salió de la posada.

Rolando aparece en la puerta del ángulo.

BARON.

Silencio!

ESCENA VI.

DICHOS, ROLANDO, *despues* PASCUAL.

ROLANDO.

Señor! se ha cogido á un muchacho que andaba dando vueltas al castillo, buscando sin duda el medio mejor de introducirse en él. Habia ya saltado la tapia del jardin.

BARON.

Un desconocido?... traeñle.

GAUFRE.

Poco á poco: acuérdate que estás malo... es preciso fingirlo bien...

BARON.

Estoy en ello... (*á Rolando*) Hazle entrar.

Rolando se va por el fondo.

GAUFRE.

Puede ser que sea un espia... ahora mas que nunca es necesario estar con cien ojos.

ROLANDO, *entra y deja abierta la puerta.*

Aqui le teneis.

Sale Pascual.

GAUFRE, *al Baron que se ha sentado junto á la mesa.*

Es el idiota del molino.

BARON.

No hay peligro entonces.

GAUFRE, *aparte.*

Quien sabe. (*alto*) Calla! eres tu Pascual? á qué bienes á incomodar al Sr. Baron que está delicado?... (*bajo al Baron*) Frunce las cejas y habla con voz doliente.

BARON.

Qué hacias en el jardin?

PASCUAL.

Yo qué sé?

GAUFRE.

Parece que has sabido saltar la tapia del jardin.

PASCUAL.

Toma!

BARON.

Responde, no tengas miedo.

PASCUAL.

Un cordero perdido... perdido un cordero.

GAUFRE.

Y crees que ha saltado ese animalito una tapia de seis pies para venir aqui de visita?

PASCUAL.

Toma!

BARON, *bajo.*

No le sacarás otra cosa.

GAUFRE, *lo mismo.*

No es nadie tan tonto sin alguna intencion... yo no sé lo que me hace sospechar que este muchacho es perjudicial. Si ha visto venir aqui á los hermanos puede perdernos.

BARON, *lo mismo.*

Y si le buscan? Si Andrés que le tiene tanto cariño?...

GAUFRE.

No hay nada mejor para guardar un secreto como la trampa que sabes... á los ochenta pies debajo de tierra nadie le oirá.

BARON.

Tienes razon, es lo mas prudente.

GAUFRE, *llamando.*

Rolando! (*este se acerca*) aprieta el resorte.

Rolando se dirige á la puerta del fondo y aprieta un resorte de una trampa que está colocada delante de la puerta secreta: despues de haberse cerciorado de que puede jugar vuelve á donde está el Baron y les dice en voz baja.

ROLANDO.

Ya está en disposicion.

GAUFRE.

Envíamele: tendrá que pasar por la trampa.

Va á colocarse en la puerta secreta.

BARON, *alto á Palcual que ha quedado inmóvil en medio del teatro.*

Ya conoces á Gaufré: entra allá con él para esplicarle el motivo de tu venida.

GAUFRE.

Ven conmigo; vamos allá dentro.

Pascual mira á Gaufre, da dos pasos y se detiene sentándose en el suelo y poniendose a cantar.

ROLANDO, *que ha estado espiando por el fondo.*

El Cura Franval.

BARON, *asustado.*

El Cura!

Pascual sigue tarareando.

GAUFRE, *corriendo hácia Pascual y levantándolo.*

Quieres callar!

BARON, *bajo á Gaufre.*

El Cura le habrá oido: déjale.

ESCENA VII.

DICHOS, FRANVAL.

FRANVAL.

Señor Baron!...

BARON.

Qué feliz casualidad es la que me proporciona la dicha...

FRANVAL, *reparando en Pascual.*

Calla! tu aqui? que haces aqui muchacho?

PASCUAL.

Cordero perdido... perdido.

FRANVAL.

Espérame, y te llevaré luego al molino.

PASCUAL.

Bueno.

GAUFRE, *aparte.*

Dios quiera que yo me engañe. (*alto á Pascual*) Ve á esperarle allá dentro. (*á Rolando*) Cierra la trampa.

Rolando asegura el resorte despues de haber puesto un sillon á Franval, y se va con Gaufré y Pascual.

ESCENA VIII.

FRANVAL, BARON.

FRANVAL.

Es un asunto de honor y delicadeza el que me ha obligado á venir á incomodaros, Señor Baron.

BARON, *sin levantarse.*

Siempre sereis recibido como mereceis... De qué se trata?

FRANVAL.

Habitais este castillo desde que vinisteis á este pais?

BARON.

Ya hace algunos años.

FRANVAL.

Acabo de saber, de un modo que no me es posible declarar, que en tiempo de la revolucion se ocultó en este castillo la enorme cantidad de trescientos mil francos.

BARON.

Trescientos mil francos!

FRANVAL.

En oro, billetes y alhajas. Oculta como os digo en esta casa ó en alguna de sus dependencias: vengo por lo tanto á pediros el permiso de hacer algunas investigaciones...

BARON.

Con el mayor gusto, Señor Cura: podeis disponer de mi y de todos mis criados... (*con interés marcado*) á no ser que os acompañen otras personas para esto.

FRANVAL.

Me he guardado muy bien de hacerlo.

BARON, *con intencion.*

Comprendo vuestra reserva. Con que segun eso, nadie sabe que habeis venido?

FRANVAL.

Como no sea Pascual, nadie mas lo sabe... y eso porque me ha visto ahora.

BARON.

Yo no sé si ha sido el placer que me causa vuestra visita... lo cierto es que me siento mucho mejor: si quisiérais aceptar un desayuno de convaleciente...

FRANVAL.

Lo acepto sin cumplimientos... asi como asi tengo apetito... el fresquecillo de la mañana...

BARON, *tocando una campanilla.*

Me permitireis que dé algunas órdenes... (*levantándose y dirigiéndose á Rolando que se presenta*) Dos cubiertos. (*bajo*) Tres hombres armados en el corredor, y á una seña mia...

Le habla al oido.

ROLANDO, *bajo.*

Han de morir los dos?

BARON, *lo mismo.*

Los dos. (*vase Rolando por la puerta del angulo. Alto*) Si lo permitís podemos pasar...

FRANVAL, *levantándose.*

Donde gusteis.

BARON.

Durante el almuerzo pueden traer algunos utensilios necesarios... siempre será menester una piqueta, alguna barra...

FRANVAL.

No hace falta por hoy.

BARON.

Pues cómo?

FRANVAL.

Hasta esta tarde no puedo saber el sitio en que está oculto el tesoro.

BARON.

Ah! con que no lo sabeis vos?

FRANVAL.

El escribano debe entregarme los papeles que hace tiempo obran en su poder; en ellos encontraré todos los pormenores.

BARON.

Perfectamente. (*viendo á Rolando que entra*) Ya vienen sin duda á decirnos que está esperándonos el almuerzo. (*bajo á Rolando*) Ya no hay necesidad de lo que te he dicho. Haz que vuelvan los compañeros, y ven á llamarme con cualquier pretesto. (*vase Rolando*) Será preciso no perderle de vista. (*alto*) Mil perdones Sr. Franval: secreto por secreto, y servicio por servicio.

FRANVAL.

Es muy justo.

BARON, *aparte.*

Lo creerá. (*alto*) Dentro de poco tiempo me veré obligado á contraer secretamente un enlace por razones que no me es posible declararos: puedo contar con vuestro apoyo?

FRANVAL.

Estoy siempre á vuestras órdenes en todo lo que no sea contrario á mi deber.

BARON.

Pensais ir hoy mismo á casa de ese escribano?

FRANVAL.

En eso pienso: por qué lo preguntais?

BARON.

Porque nos citariamos entonces en un mismo sitio para los dos asuntos.

FRANVAL.

Como querais.

BARON.

Si no os molesta, podeis esperarme esta tarde entre seis y siete en la antigua capilla de este castillo.

FRANVAL.

Alli estaré.

BARON.

Pues convenido: vamos á almorzar.

Rolando vuelve á aparecer como anunciando que el almuerzo espera. El Baron y Franval se van y aquel les mira un momento.

ESCENA IX.

ROLANDO, *mirándolos.*

Qué diablos tiene que ver con nosotros ese Cura? Nunca he visto al Baron tan perplejo como hoy. Me dice que prepare tres hombres y luego dice que no es menester, y se va á almorzar... Pero á mí qué me importa? Me parece que el Sr. Cura y ese muchachuelo no tienen sin embargo, muchas horas de vida.

ESCENA X.

ROLANDO *y* GAUFRE.

GAUFRE, *entra por el fondo con el trage de bandido.*

Aqui me teneis ya armado de punta en blanco. Con que el Baron está tomando un sopicaldo mientras almuerza el Cura? Vamos allá! el otro tonto de Pascual, está mirando á las ventanas y parece que cuenta las piedras.

Llaman á la puerta secreta.

ROLANDO.

Aqui están los hermanos. (*abre y entran Brin y los bandidos armados y disfrazados*) Voy á buscar al Baron.

Vase.

BRIN.

Sabeis, papá Gaufré, que me parece haber oido ahora mismo la voz de Max?

GAUFRE.

Max! estás loco. No sabes que está en un calabozo?

BRIN.

Si, ya lo sé: sin embargo, juraria que le habia oido en la sala baja.

GAUFRE.

Estás soñando.

BRIN.

Si eh? pues mirad... qué tal?

GAUFRE, *mirando á la izquierda.*

Max! es posible!

ESCENA XI.

DICHOS, *el* BARON, MAX *y* ROLANDO.

Max entra alegremente recibiendo las felicitaciones de sus compañeros: el Baron le sigue muy cerca.

BARON, *á Gaufré.*

Qué dice el artículo 7.º del reglamento?

GAUFRE.

Cuando un hermano caiga prisionero, todos reunirán sus esfuerzos para salvarle.

BARON.

Max estaba prisionero y aqui le teneis.

GAUFRE.

Quién te ha libertado?

BARON, *á Max.*

No tenias un centinela delante de la puerta, dos á cada lado y detrás el torrente?

MAX.

Sí, Señor.

BARON.

Un hombre se acercó nadando á tu calabozo arrancó los hierros de la reja y te dijo: arrójate al agua: tu lo hiciste asi, y él mismo te llevó en sus hombros á la otra orilla: es cierto?

MAX.

Sí, Señor.

BARON.

Quién fue este hombre?

MAX.

Vos, Señor.

TODOS.

El Baron!

BARON.

Gaufré, qué dice el artículo 19.º?

GAUFRE.

Todo hermano que haga la mas pequeña revelacion tiene pena de la vida.

BARON, *á Max.*

Lo oyes?

MAX.

Qué quereis decir, Señor?

BARON.

Que has hablado, é ibas á decir mas.

MAX.

Ah! Señor! ya me arrepiento de haberlo hecho.

BARON, *que ha hecho una seña á Rolando.*

Hablarias otra vez.

MAX.

Me habeis salvado.

BARON.

Para que mueras sin comprometernos.

MAX.

Perdon.

BARON.

Silencio. (*Rolando empuja el resorte de la trampa*) Vas á morir.

MAX.

Que sea peleando.

BARON.

No, aqui mismo.

Se va acercando á él y Max retrocede.

MAX.

Todavia no.

BARON.

Vosotros aprended. (*á Max*) Muere.

Se acerca y Max retrocede, pone el pie en la trampa y se hunde dando un gemido.

ROLANDO, *en el fondo.*

El Cura!

A esta voz todos los bandidos desaparecen por diferentes puertas, quedando solos el Baron y Rolando.

ESCENA XII.

El BARON, ROLANDO, FRANVAL, *y* PASCUAL.

FRANVAL.

Señor Baron, no sois buen anfitrion... me dejais almorzando solo.

BARON.

Perdonadme, Sr. Franval... me sentia algo indispuesto.

FRANVAL.

Reposad un poco... por mi no altereis la costumbre... Hasta luego Sr. Baron.

BARON.

Hasta la tarde... en la capilla antigua... perdonadme que no os acompañe ahora...

FRANVAL.

Nada de cumplimientos: ya sé el camino... Vienes tú Pascual?

Este le sigue sin responder.

BARON, *poniéndose las armas y el velo negro que le trae Rolando.*

Mi reloj.

ROLANDO.

Aqui está.

BARON.

Ahora al molino.

LOS BANDIDOS, *apareciendo por diferentes lados y cubriéndose la cara con un velo negro.*

Al molino!

CUADRO SEGUNDO.

El patio del molino: en el fondo este con una grande escalera: á la derecha pared de cerca con una gran puerta; al mismo lado en primer término un pajar abierto hácia el público: á la izquierda otra pared con una puerta mas pequeña y ocupa todo el lado: en primer término un tonel de pie.

ESCENA I.

OCULI *y* PABLO.

OCULI, *entrando por la izquierda.*

Brin! Brin! no me oye ese santo Varon... puede que esté fuera... pero tan temprano á dónde diablos ha de haber ido?... tenia que llevar á Marianita... Brin! á otra puerta.

PABLO, *en lo alto de la escalera y componiendo los sacos de harina.*

A qué tanto grito? no está ensillado todavia el caballo del amo?

OCULI.

Pues por eso doy voces... Brin!

PABLO.

Estará fuera... no quieres salir del patio?

OCULI

Un demonio! habiéndose escapado Max...

PABLO.

Cobarde!

OCULI.

Sí que lo soy, y que tenemos? tengo obligacion de tener valor?

ESCENA II.

OCULI *y* ANDRES *entrando por la puerta grande.* PABLO *entra en el molino.*

ANDRES.

Vamos, está ensillado el caballo?

OCULI.

No Señor: hace una hora que estoy llamando á Brin.

ANDRES.

Pues ensíllalo tú, y me harás un favor.

OCULI.

Con mucho gusto... pero...

ANDRES.

Vamos, ve pronto. (*le empuja y le hace salir por la izquierda. Mariana sale del molino y baja la escalera*) Mariana! yo crei que os habiais marchado hace tiempo.

ESCENA III.

MARIANA *y* ANDRES.

ANDRES.

No habeis querido que me fuera sola, y Brin que debia acompañarme no ha parecido desde esta mañana.

MARIANA.

A dónde puede estar ese muchacho? ¿Sabeis que se ha escapado el preso?

MARIANA.

Sí, á las dos de la mañana: ya lo oimos cuando os vinieron á llamar.

ANDRES.

Con que segun eso no habeis dormido?

MARIANA.

Estaba tan contenta de encontrarme en vuestra casa, que el gozo me ha desvelado. He estado guardando el sueño á vuestra madre á quien he dado tres besos mientras dormia, sin que lo sintiera. Como no he conocido á mi madre...

ANDRES.

Muy pronto tendreis una.

MARIANA.

Es una dicha tan grande, que me parece mentira.

ANDRES.

Ojalá digais lo mismo cuando nos veamos unidos.

ESCENA IV.

DICHOS, *y* OCULI.

OCULI.

Iscariote os espera.

ANDRES.

Quién?

OCULI.

Iscariote... vuestro caballo... le he puesto este nombre.

ANDRES.

Vaya en gracia! (*á Mariana*) Voy á dar aviso de la fuga de ese malhechor.

MARIANA.

Es por ventura de la partida de Pedro el Negro?

ANDRES.

Asi me lo confesó.

OCULI

Ya me lo temia.

ANDRES.

Dijo que sus compañeros están por estos alrededores, y esta mañana han venido á avisarme de que han visto varios hombres de mala facha por las cercanías del castillo del Baron Spachman.

OCULI, *desde la puerta de la izquierda.*

Iscariote se desespera, Sr. Andres... tiene ganas de andar.

ESCENA V.

DICHOS, *y* URSULA.

URSULA, *bajando del molino.*

Aun estás aqui? cómo es eso? perezoso! despáchate: los dias son muy cortos, y no me gusta que vuelvas tarde.

MARIANA.

Lo ois Andrés?

ANDRES.

No tengais cuidado, madre mia... Estaba pensando en quién llevaria á Mariana á su casa... Brin no está en el molino...

URSULA.

Oculi puede acompañarla.

OCULI.

Señora! tengo miedo... por esta Señorita..

ANDRES.

Cobarde! te se dará una escopeta.

OCULI.

Nada de eso · yo iré, pero sin escopeta... me la quitarian, y me enviarian al otro mundo con ella.

URSULA.

Por Dios, Andrés, vete pronto.

ANDRES.

Ya me voy... Adios madre mia, Adios Mariana.

Se va por la puerta de la izquierda con Oculi.

ESCENA VI.

URSULA, MARIANA, *despues* OCULI.

MARIANA.

Os doy mil gracias, Señora, por todas vuestras bondades. Mi tardanza debe tener inquieto á mi padre, y con vuestra licencia voy...

URSULA.

Sí, hija mia... haz lo que gustes... el Sr. Franval medio me ha insinuado cierto asunto...

MARIANA.

Os ha hablado?

URSULA.

Te salen los colores á la cara? muy pronto nos veremos para hablar despacio... (*Oculi entra*) Pero aqui está Oculi... estás dispuesto?

OCULI.

Sí, Señora. (*se oye á lo lejos la señal de los bandidos*) Vamos allá! ya empiezan los buhos con su música... malditos pajarracos! Decidme Señora; una vez que acompaño á esta Señorita, no podriais mandar que alguno me acompañase tambien?

URSULA.

Tienes miedo?

MARIANA.

Qué quieres que nos suceda á la mitad del dia?

OCULI.

Con la claridad se vé el peligro... mas á las claras: pues!

Mariana se despide de Ursula y se va con Oculi por la derecha.

ESCENA VII.

URSULA *y* PABLO.

Este ha salido del molino para bajar un saco que está á la puerta.

URSULA.

No ha vuelto aun Pascual?

PABLO.

No Señora.

URSULA.

Es cosa particular! todos están hoy en el campo. Quién ha quedado aqui?

PABLO.

Solo estamos cuatro.

ESCENA VIII.

DICHOS, OCULI *y despues* MARIANA.

OCULI, *entrando muy azorado y atravesando el teatro corriendo.*

Socorro! socorro! aqui los tenemos!

URSULA.

Qué es eso?

OCULI.

Todos tienen la cara negra... parecen demonios.

URSULA.

Está loco! Pablo, vé á ver...

MARIANA, *entrando aterrorizada.*

Señora! Señora! los bandidos!

URSULA.

Los bandidos!

MARIANA

A cien pasos de aqui...

URSULA.

Cerrad pronto las puertas... pronto!

Pablo cierra la puerta de la derecha, y la atranca.

MARIANA, *aparte asustada.*

A uno se le ha caido el velo, y he visto... sí, no me cabe duda...

URSULA, *acercándose á Mariana aterrada.*

Y mi hijo?

MARIANA.

Ah! (*con alegria y señalando la puerta de la izquierda*) No, no: se fue por ese lado.

OCULI.

Vale mas morir de miedo, que de un tiro.

URSULA, *llamando.*

Magdalena! Brigida! sacad las escopetas... las hoces... (*salen dos criadas del piso bajo del molino, y otra del de arriba; señalando á la puerta de la izquierda*) Esa puerta Pablo, esa puerta!

PABLO, *corriendo á la puerta de la izquierda y procurando cerrarla.*

Están empujando de fuera... venga una escopeta... una escopeta!

Una criada se la trae.

ESCENA IX.

DICHOS, FRANVAL *y despues* PASCUAL.

FRANVAL, *empujando la puerta.*

Demonio! teneis buen modo de recibir á los amigos.

URSULA.

Ay Sr. Franval!... los bandidos...

Todos se acercan á Franval.

FRANVAL.

Los bandidos?

MARIANA, *aparte.*

Sí, él era: no me cabe duda .. le he conocido.

PABLO, *en lo alto de la escalera.*

Aqui vienen!

FRANVAL.

Con que no es broma?.. Ea pues! adentro todas las mugeres.

URSULA.

Pero...

FRANVAL.

No hay pero que valga... todas las mugeres al molino.

OCULI, *corriendo el primero.*

Las mugeres! yo lo soy... cuando tengo miedo renuncio á mi sexo.

Sube la escalera y se entra el primero.

URSULA.

No os espongais.

FRANVAL.

No tengais cuidado... (*á las mugeres*) Sostened á esta pobre niña... se va á desmayar... pronto adentro. (*Ursula, Mariana, y una criada que la sostiene entran en el piso bajo: otras dos en el molino: Franval queda solo con cuatro mozos y Pascual que ha entrado poco despues del Cura*) Ea! muchachos, valor! si no nos defendemos vigorosamente estamos perdidos. (*á un mozo*) Vé á atrancar la puerta.

La de la izquierda.

MOZO.

Si Señor.

FRANVAL, *á Pablo.*

Colócate en parte segura, y no malgastes la pólvora.

Pablo se coloca en una tronera que hay al lado de la puerta de la derecha.

PABLO.

Obedezco, mi capitan.

FRANVAL.

Tu capitan? bueno. (*á otro*) Tú en lo alto de la escalera y dinos lo que pasa. (*el mozo sube quedándose á la puerta del molino; á Pascual señalándole el pajar*) Tú alli... pobre chico! no comprende su situacion!

Mientras que todos se han ido colocando en sus respectivos puestos, Pascual entra en el pajar: revuelve la paja como buscando alguna cosa, y saca una carabina: prueba la llave, mira si tiene cebo, y satisfecho de su buen estado, la vuelve á ocultar debajo de la paja, tumbándose encima.

MOZO, *en lo allo de la escalera.*

Ya se acercan... se preparan á hacer fuego.

FRANVAL.

Ponte á cubierto.

PABLO, *desde la tronera.*

Apunten!

FRANVAL.

Detente! es preciso que ataquen los primeros, para que la sangre que va á derramarse caiga sobre sus cabezas.

MOZO, *en la escalera.*

Señor Cura! Señor Fran...

Suena un tiro de adentro y cae.

FRANVAL.

Qué le dije yo! Fuego! hijos mios, fuego! le han asesinado!... fuego!

Pablo y otro hacen fuego por la tronera: otro desde la escalera.

PABLO.

Estan muy cerca... no puedo apuntar... quieren echar abajo la pared con una gran viga.

FRANVAL.

Sube en esa carreta, y tira por encima de la tapia.

PABLO.

Voy á estar descubierto, y es arriesgado... tengo hijos.

FRANVAL.

Tienes razon. (*sube á la carreta*) Ponte detras de mi y tira. (*Pablo se coloca detras de Franval y hace fuego*) Ya lo ves... no hay peligro ninguno.

PABLO, *mirando.*

Uno ha caido... y es de los que traian la viga.

FRANVAL, *mirando.*

Parece que se retiran.

Baja de la carreta.

PABLO, *en la carreta.*

Ya no tengo miedo....

FRANVAL.

Valor! firme sobre ellos.

PABLO.

Ya vuelven.

FRANVAL.

Venga un fusil... Dios me manda defender mi rebaño... venga pronto.

Pegan fuertes porrazos en la pared.

PABLO.

Van á echar abajo la pared... estamos perdidos.

FRANVAL.

Entremos en el molino... las descargas se han de haber oido lejos... y vendran á socorrernos... Entrad, entrad. (*suben*) No dejeis aqui á este infeliz.

Franval y los mozos suben la escalera llevándose el cadaver: cuando estan dentro del molino, se desploma la pared de la derecha, y entran los bandidos cubiertas las caras con velos negros ó pintadas y dando gritos.

ESCENA X.

PASCUAL, *en el pajar*, PEDRO, GAUFRE, ROLANDO, BRIN, BANDIDOS.

BARON.

Maldicion! cinco hombres muertos en un ataque de esta especie.

BRIN.

Se han metido en el molino.

ROLANDO.

Ya estaban prevenidos. (*á Gaufre*) Te repito que te ha visto una muchacha que se vino corriendo.

GAUFRE.

Pero cuando?

ROLANDO.

Cuando te se cayó el velo.

GAUFRE.

No puede ser.

ROLANDO.

Por fortuna no escapará ninguno.

BARON, *que ha puesto en órden á su gente y ha examinado el molino.*

El molino ha de ser nuestro.

BANDIDOS.

Al molino! al molino!

GAUFRE.

Es inutil esponerse uno...

Se oculta detras de un tronco de arbol. Los bandidos dan el asalto, rechazándolos los de adentro con un fuego muy vivo: varios caen y los demas bajan en confusion.

BARON.

Como es eso? volveis pies atras? (*saca el reloj y lo pone encima del tonel*) Si dentro de cinco minutos no sois dueño de esa bicoca, muere á mis manos todo el que no se deje matar por esos miserables.

TODOS.

Al asalto! al asalto!

UN BANDIDO.

Yo apunto á aquella ventana, donde estoy viendo al Cura: no se me escapará.

Este se halla colocado junto al pajar. Pascual ha observado todos los movimientos: cuando va á apuntar, le descerraja un tiro y le mata.

PASCUAL, *volviéndose á tumbar.*

Once!

BARON.

Valor, compañeros! (*vuelven á subir la escalera amortiguándose el fuego*) Desquiciad la puerta con la viga.

Traen por la brecha una gran viga para derribar la puerta, al mismo tiempo se oye gritar á Andrés por el otro lado.

ANDRES.

Aqui de los mios! mueran esos malvados.

Cae la puerta de la izquierda y entran Andrés y una multitud de paisanos armados haciendo fuego en cuanto se presentan.

ESCENA XI.

DICHOS, ANDRES, PAISANOS.

BARON.

Andrés!

ANDRES.

Fuego en ellos!

BARON.

Maldicion! En retirada, amigos, en retirada!

Los bandidos se replegan hacia la derecha con su gefe sin dejar de hacer fuego.

ANDRES.

Valor los del molino!... Una salida...

Salen los mozos del molino y guarnecen la escalera haciendo fuego.

BARON, *conforme van saliendo.*

A las siete en la capilla.

Corre la palabra entre ellos y desaparecen: el Baron se va el último: los paisanos guarnecen la brecha: los del molino bajan á la escena.

ESCENA XII.

PASCUAL, ANDRES, FRANVAL, MARIANA, URSULA, MOZOS *del molino*, *y* PAISANOS.

ANDRES.

Madre mia! Mariana!

URSULA.

Andrés! hijo mio!

ANDRES.

Pobre Mariana! estais cadavérica...

MARIANA, *bajo.*

Ya sabreis por qué.

ANDRES, *bajo.*

Hablad.

MARIANA, *lo mismo.*

Solo á vos...

ANDRES.

Pero...

MARIANA.

A las seis en la capilla.

ANDRES.

No faltaré.

FRANVAL, *cogiendo el reloj que ha quedado encima del tonel.*

Se han dejado un reloj!

URSULA, *mirando.*

Qué miro! será posible? Andrés! es el reloj de tu padre!...

ANDRES.

Sí, el que le regaló al padre de Pascual.

PABLO.

Yo lo he visto poner aqui al gefe de la partida.

ANDRES.

Esos bandidos son entonces los que quemaron nuestra granja y asesinaron al pobre viejo. Juro á Dios que no ha de quedar uno vivo!... (*á los mozos*) Fuego en ellos! fuego!

Los molineros y los paisanos hacen una descarga cerrada en la direccion que han tomado los bandidos. Mariana pálida y casi sin sentido cae en los brazos de Andrés, acudiendo Ursula á socorrerla: cae el telon.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un paisaje pintoresco situado á la estremidad del parque del Baron; la verja del parque á la izquierda: en segundo término un camino con árboles á uno y otro lado: en el fondo, rocas que se estienden en diversas direcciones: á la derecha la entrada de una selva: á la izquierda y en tercer término una capilla: en el costado de esta que da frente al espectador una ventana ogiva con los vidrios rotos; debajo la entrada de un subterráneo cubierto de malezas.

ESCENA I.

GAUFRE, BRIN *y* BANDIDOS.

Al levantarse el telon la escena está enteramente sola. Se oye á la izquierda el graznido de un buho. El mismo sonido se repite á la derecha, y vuelve á repetirse saliendo de en medio de las malezas que ocultan la entrada de la caverna. Las malezas se separan, y un bandido que sale deja ver una escalera por donde se baja al subterráneo. Brin sale del bosque por la derecha; Gaufré sale del palacio del Baron por la izquierda. Empieza á anochecer.

GAUFRE.

Han contestado á la señal; nada tenemos que temer.

BRIN.

Ola! Gaufré!.. Ahora van á conducir aqui, para que le cureis, á ese pobre Pedro el zurdo. Mal parado ha quedado de la refriega.

GAUFRE.

No acabarán nunca de traer heridos? este es el octavo. Las gentes de ese maldito molino se han defendido como leones.

BRIN.

Afortunadamente los subterráneos del castillo que comunican con esa capilla, son bastante espaciosos, y nuestros camaradas podrán curarse en ellos cómodamente.

GAUFRE, *aparte.*

Segun y conforme. (*alto*) No hay duda en eso, mi específico es escelente para todas las heridas.

BRIN.

De todo entendeis, amigo Gaufré. Teneis el reglamento en la punta de los dedos, como si fuerais su autor; y sois tambien el médico de la banda. (*señalando la caja de píldoras que Gaufré tiene en la mano*) Vuestras píldoras para las heridas son infalibles.

GAUFRE.

Con todo, no hay que tener tanta confianza en su virtud, mucho menos en este tiempo. Estamos á últimos de otoño, y la estacion no es buena para las heridas.

BRIN.

Pues yo creia que me habiais dicho otras veces que el invierno era peor para eso.

GAUFRE.

El invierno es malo, y el verano muy peligroso tambien, sin que esto quiera decir que el otoño es mejor; cada herida tiene una estacion á propósito para curarse. Si se recibe en otra distinta, puede ser mortal, aunque no parezca mas que un arañazo. Ademas la manera de vivir y la profesion del herido influyen tambien en la cura. Verbi gracia, en nuestra profesion todas las heridas que se reciben en la cara ó en otra parte descubierta del cuerpo son casi siempre mortales.

BRIN.

Verdad es... Me acuerdo que la última vez que atacamos á la diligencia, Philemon fue el único que salió herido de un balazo, que le llevó las narices. La herida no parecia muy peligrosa... le hicisteis tomar una de vuestras píldoras, y á la media hora ya habia muerto.

GAUFRE.

Porque tenia la herida en la cara: no te lo he dicho?

BRIN.

Es particular, siempre sucede lo mismo.

GAUFRE, *con viveza y aire de importancia*

Pues majadero, no ves que eso consiste en el contacto del aire, que encona las llagas por medio de las moléculas venenosas esparcidas en la atmósfera? las heridas que no están á cubierto de su maléfica influencia por alguna parte de vestido que neutralice y absorva los miasmas deletéreos... Eh! qué tal?

BRIN.

Ya; si hablais en latin es claro que tendreis razon. (*dos bandidos traen en este momento á Pedro el Zurdo, herido y le colocan en el suelo en medio del teatro*) Pero... aqui traen ya al pobre Pedro. Vaya un chirlo que tiene en la cara!.. si este escapa!..

GAUFRE, *acercándose á Pedro.*

Vamos! ánimo! qué tal? (*aparte*) Maldita herida! no era necesario mas para descubrirnos, con una cicatriz como esta en mitad de la cara... (*alto*) Eh! Pedro! no me respondes? Valor, qué diantre! eso no vale nada.

PEDRO, *quejándose.*

Ay! ay!

GAUFRE.

Te duele, eh? Buena señal! buena señal! (*dándole una píldora*) Toma, guarda esto.. y trágatela esta noche al acostarte.

PEDRO, *quejándose.*

Ay! ay! ay!

GAUFRE.

No tengas cuidado, á la noche ya no te dolerá nada.

BRIN, *aparte.*

Lo creo.

GAUFRE, *á los bandidos.*

Llevadle al subterráneo... voy con vosotros á visitar á los demas heridos.

BRIN.

Os recomiendo á Esteban que le ha entrado una bala por el carrillo derecho.

GAUFRE.

Malo! muy visible es esa herida.

BRIN.

Eso digo yo... pero lo que es á él no le parecerá lo mismo.

Se llevan á Pedro al subterráneo. Gaufré los sigue; Brin va á entrar tambien, pero Rolando que sale del Parque le detiene.

ESCENA II.

ROLANDO, BRIN.

ROLANDO, *dando en la espalda á Brin*

Escucha un instante: el Capitan quiere saber noticias de la Aldea. Te has atrevido á volver al molino?

BRIN.

Qué remedio!.. el Capitan me lo mandó... Entré con pretesto de que me habia entretenido pescando truchas en el arroyuelo vecino; nadie ha recelado nada, y gracias á esto, he podido ver á ese maldito Andrés, que segun dijo al montar á caballo, iba á la ciudad á dar parte del ataque de esta mañana, y á pedir que envien al molino un destacamento de caballeria.

ROLANDO.

Ya trataremos de recibirle como corresponde... Y el Cura?

BRIN.

Se ha quedado en el molino.

ROLANDO.

Entonces no podremos saber dónde está el tesoro de que el capitan nos ha hablado.

BRIN.

Los trescientos mil francos?

ROLANDO.

Sí, el Cura debia ir á la ciudad para averiguar en qué parage están ocultos.

BRIN.

Pues no ha ido á la ciudad... pero ha enviado en su lugar á Pascual á casa de un escribano.

ROLANDO.

A Pascual?.. á un imbécil semejante?

BRIN.

Por eso mismo nadie desconfia de él. Tiene suficiente entendimiento para llevar una carta donde le mandan, y es bastante animal para no conocer que su comision puede costarle la vida.

Pascual baja de las rocas: lleva su calzado de madera colgado del cuello con un bramante; descubre al momento á los ladrones y se acerca á ellos, y los escucha sin que le vean.

ROLANDO.

La vida?

BRIN, *señalando el camino.*

He apostado al Cruel y á el Cachazudo que le esperan emboscados allá abajo. Precisamente tiene que pasar por ese camino para volver á casa del Cura... y no se nos escapará, no hay cuidado. Se apoderarán en seguida de la carta que contiene las señas del sitio donde están ocultos los trescientos mil francos, y en lugar de enviar al otro mundo al Cura como pensábamos hacer, se envia á ese imbécil de Pascual cuya desaparicion apenas será notada de nadie.

PASCUAL, *aparte enseñando la carta.*

Vaya!

ROLANDO.

Y si por casualidad no pasa por aqui, y entrega al Cura la carta?

BRIN.

Entonces peor para el Cura; le costará el pellejo, si se atreve á venir al castillo por el tesoro escondido.

ROLANDO.

Tienes razon. Voy á referir al Capitan las noticias que me has dado, y á advertirle tambien lo del destacamento.

Se va por la berja.

BRIN.

Bien hecho... yo voy á ver que tal le ha sentado la píldora á Pedro.

Entra en el subterráneo.

ESCENA III.

PASCUAL *solo, despues* MARIANA.

PASCUAL, *sigue atentamente con la vista á los dos bandidos que se separan. Luego que se asegura de que está solo, oculta con mucha precaucion entre las ramas su carabina, que traia ceñida á la cintura y cubierta con la blusa. Despues examina en silencio la carta, se lleva la mano á la cabeza, y dando señales de la mayor confusion, concluye por decir con aire de enfadado.*

No sé leer!

MARIANA, *entrando por el fondo.*

Estoy temblando!.. Dios mio! tened piedad de mí... Si alguno me viera?

Mariana acaba de bajar las rocas. Pascual que ha estado hasta entonces confuso, apenas la vé, parece toma una resolucion: rompe el sello de la carta y se la presenta á Mariana abierta.

PASCUAL, *á Mariana.*

Leed!

MARIANA, *asustada.*

Ah!

PASCUAL, *con voz suplicante y haciéndola señas para que se calle.*

Leed!

MARIANA.

Qué quiere decir?.. (*toma el papel y lo lee alto*) «Cerca del tercer pilar, á la derecha del coro de la capilla, debajo de una ancha piedra señalada con una cruz.»

PASCUAL, *con mucha atencion.*

Otra vez!

MARIANA, *volviendo á leer.*

«Cerca del tercer pilar, á la izquierda del

coro de la capilla, debajo de una ancha piedra señalada con una cruz.» Que significa esto?

PASCUAL, *cogiendo la carta.*

Toma!

Mira á la capilla, parece reflexionar un momento. De repente rompe la carta y arroja los pedazos al suelo, y entra precipitadamente por la puerta pequeña de la capilla.

MARIANA, *viéndole ir.*

Pobre muchacho!

ESCENA IV.

MARIANA, *despues* ANDRES.

MARIANA.

Por fin, ya estoy sola. Andrés no ha venido aun... tengo miedo en este sitio... Y sin embargo, tiemblo de ver aparecer á Andrés... Dios mio! qué le diré? cómo revelarle que soy la hija de un... no, no, jamás me atreveré á decírselo... Mas si yo le digo únicamente que nuestra union es imposible, sin darle la razon, creerá que le he engañado... Oh! no, no, antes morir mil veces que hacerme digna de su desprecio... Oigo pasos... él es!... Oh! me abandonan las fuerzas.

ANDRES, *entra tarareando con alegria.*

Cómo? Mariana, ya estás aqui? antes que yo?.. Oh! me avergonzaria de mi pereza, si no fuese tan dichoso.

MARIANA, *con turbacion.*

Andrés!...

ANDRES.

Una cita tuya... no me atrevia yo á esperar tanto.

MARIANA.

Te he citado aqui porque tengo que revelarte cosas... cosas bien tristes, Andrés.

ANDRES.

Y yo que venia aqui tan contento... pero qué es ello?

MARIANA.

Antes es preciso que me jures...

ANDRES.

Amarte toda mi vida.

MARIANA.

No, no... Oh! no es eso.

ANDRES.

Cómo? no quieres que te ame toda mi vida?

MARIANA.

Escucha Andrés, y júrame por la memoria de tu padre, que no revelarás á nadie lo que te voy á decir.

ANDRES.

Me asustas.

MARIANA.

Lo juras?... No puedo hablar sino con esta condicion.

ANDRES.

Y bien, yo lo juro; pero por qué razon.

MARIANA.

Sí, debo hablar aunque me cueste caro, aunque sacrifique por ello la felicidad de mi vida. Todo lo sabrás.

ANDRES.

Todo!

MARIANA.

Y cuando sepas este horrible secreto..

ANDRES.

Un secreto horrible!

MARIANA.

Al menos tendras lástima de la pobre Mariana.

ANDRES.

En nombre del cielo! esplícate Mariana

MARIANA.

Silencio! alguien viene.

ANDRES, *deteniéndola y mirando al fondo.*

No temas, es el Cura.

MARIANA.

Ah! déjame huir que no me vea aqui contigo.

ANDRES.

Y por qué?

MARIANA.

No, no quiero que nos vean juntos... procura alejarle de este sitio, y vuelve despues...

ANDRES.

Pierde cuidado.

MARIANA.

Aqui está ya... Voy á esconderme en la capilla.

Entra precipitadamente en la capilla. Durante las últimas palabras de esta escena se ha visto á Pascual bajar por la ventana ojiva llevando una cajita. Salta en tierra con ligereza, va á coger su carabina que oculta debajo de la blusa y desaparece por la derecha: durante este tiempo el Cura ha bajado ya á la escena por el fondo.

ESCENA V.

ANDRES, FRANVAL.

ANDRES.

Qué será lo que quiere decirme? su turbacion y el desorden de las pocas palabras que ha dejado escapar me inquietan demasiado. Ah! si, quiero saberlo cuanto antes... procuraré alejar al Cura de aqui.

FRANVAL, *aparte.*

Voto al Diablo!... como yo hubiera dicho cuando era soldado... Andrés aquí... y el Baron que me encargó que viniese solo.

ANDRES, *levantándose.*

Buenas tardes, Sr. Cura.

FRANVAL.

Buenas tardes, amigo Andrés. Qué diantres haces aquí á estas horas?

ANDRES.

Vengo de la ciudad, á donde he ido á pedir un refuerzo de gendarmes para seguridad del molino. No tardarán en llegar.

FRANVAL.

Muy bien hecho; pero ya va siendo tarde, y tu madre estará con cuidado: por qué no te retiras á casa para tranquilizarla?

ANDRES.

Sí, ya iré, Sr. Cura, pero... estoy algo cansado... Los sucesos de esta mañana... y luego el camino... la fatiga... (*sentándose*) Ah!

FRANVAL, *aparte.*

Calla, y se sienta? pues estoy fresco. (*alto*) Vamos hombre ten mas ánimo, no está tan lejos tu casa... qué se dirá de un mozeton como tu? Ea, en marcha; no seas flojo.

ANDRES.

Perdonad, Sr. Cura, pero no puedo moverme... Si tuvierais la bondad de pasar por casa cuando deis la vuelta á la Aldea y tranquilizar á mi madre... podria descansar un rato aqui... Nada os cuesta ese favor.. y sois tan bueno...

FRANVAL.

Sí, es cierto, no me cuesta nada. (*aparte*) Y me envia á pasear cortesmente! pues esta es otra... Si yo pudiera llevármele de aqui, volveria luego despues. (*alto*) Con que estás tan cansado?

ANDRES.

Mucho! no puedo tenerme en pie.

FRANVAL.

Pues lo siento... porque yo no voy ahora á la Aldea, sino á otra parte... y el caso es que tampoco mis piernas estan ya muy fuertes, y tengo que subir por esa cuesta que es algo áspera... si no estuvieras tan rendido te pediria el apoyo de tu brazo.

ANDRES, *levantándose.*

Con mucho gusto, Sr. Cura... (*aparte*) Le dejo en lo alto de la colina y vuelvo corriendo.

FRANVAL.

Pero hombre si decias ahora poco que estabas tan cansado... Seria una crueldad hacerte subir una cuesta tan áspera

ANDRES.

No, no tengais cuidado. Este momento que he descansado aqui, me ha vuelto ya todas mis fuerzas.

FRANVAL.

En horabuena... Acepto tu brazo... Vamos pues. (*aparte*) En lo alto de la cuesta le dejo y me vuelvo aqui á esperar al Baron.

Se alejan agarrados del brazo.

ANDRES, *aparte.*

Con tal que Mariana me espere...

El Cura se aleja por la vereda apoyado en el brazo de Andrés. Durante la última parte de esta escena, Brin y Gaufré ha salido con precaucion del subterráneo y oyendo hablar al Cura y Andres, se van adelantando á la escena á medida que aquellos se alejan.

ESCENA VI.

BRIN, GAUFRE, *despues el* BARON, ROLANDO, BANDIDOS.

BRIN, *aparte.*

El Cura! Andrés!... (*los sigue con la vista y va á colocarse al lado del parque, entretanto que Andrés y el Cura suben por las rocas del fondo. Montando la escopeta*) Que buena ocasion para matar de un tiro dos pájaros... Es necesario aprovecharla.

GAUFRE.

Pues á ello.

BRIN, *apuntandolos.*

Apunten!

GAUFRE.

Fuego!

BARON, *saliendo del parque seguido de Rolando.*

Detente Brin ó eres muerto.

BRIN.

Pedro el Negro!

BARON.

Torpe! que ibas á hacer?

BRIN.

Es Andrés el molinero.

BARON.

Lo que es por ese poco importaba, pero el Cura es distinto. ¿Con que segun eso no sabeis que Pascual se ha escapado de la emboscada?

GAUFRE.

Diantre!

BARON.

Y sin duda en este instante espera en la Aldea á que vuelva el Cura para entregarle la carta.

GAUFRE.

Vamos! ya entiendo. Es necesario dejar al buen Cura que vaya á buscar esa maltita carta. Vendrá en seguida á comunicárosla y entonces...

BARON.

Haced que se espien sus pasos, que le sigan á todas partes; pero que nadie atente á su vida. Ahora, Brin, toca el resorte que comunica á la campana del subterráneo; quiero que toda la banda se reuna aqui.

BRIN.

Al momento capitan.

Toca un resorte que hay sobre la piedra que cierra el subterráneo. Los bandidos empiezan á salir de él.

BARON.

Gaufré; tu entretanto, haz disponer la capilla como si fuera para una boda, con el fin de deslumbrar al Cura. (*Gaufré trasmite esta órden, dos bandidos entran en la capilla, los demas que han salido del subterráneo, se agrupan en torno del Baron*) Compañeros, por ayudar á Juan el desollador hemos cometido una imprudencia que es preciso reparar. Contra nuestra costumbre de hacer siempre nuestras correrias en puntos lejanos del que habitamos, hemos atacado hoy el molino inmediato, y de resultas de este ataque tendremos que habérnoslas con una partida de gendarmes que nos rastrean la pista. Gaufré: elige doce hombres de los mas resueltos para salirle al encuentro cuando menos se piensen, y no dejes uno solo á vida, lo entiendes. Despachado este negocio, será necesario permanecer en la inaccion durante algun tiempo, con el fin de desvanecer las sospechas que el asalto del molino debe haber hecho concebir. Este es al menos mi parecer, y si el vuestro no se opone...

ROLANDO.

No se opondria ciertamente si todos nuestros nombres continuasen siendo un misterio para los habitantes del molino, pero uno de nosotros ha sido reconocido.

BARON.

Quién?

ROLANDO

Gaufré.

BARON.

Por quien?

ROLANDO.

Por una jóven que fue la que dió aviso de nuestra llegada.

BARON.

Quién es esa jóven?

ROLANDO.

No la conozco.

UN BANDIDO, *saliendo de la capilla:*

Capitan: en la capilla hay alguien escondido.

BARON.

Algun traidor?

ROLANDO, *entrando.*

Yo veré si es cierto, y quién es.

BARON.

Sea quien quiera merece la muerte si ha sorprendido nuestro secreto.

BANDIDOS.

Sí, sí, muera!

ROLANDO, *saliendo de la capilla.*

Es ella!...

BARON.

Quién?

ROLANDO.

La jóven que reconoció á Gaufré y dió aviso de nuestra llegada al molino.

BANDIDOS.

Muera! muera!

ESCENA VII.

DICHOS, MARIANA, *á quien Rolando arrastra violentamente delante de los Bandidos.*

BARON.

Mariana!

GAUFRE.

Mi hija!

MARIANA.

Mi padre!... el Baron!...

Momento de silencio.

BRIN.

Antes que todo la seguridad general. Capitan: haz ejecutar el reglamento como esta mañana.

GAUFRE, *bajo al Baron.*

Tienen razon. El artículo 22 no deja duda ninguna sobre este punto: pero es lástima; con ella perdemos nuestra fortuna.

BANDIDOS.

Muera! muera!

BARON.

Silencio!... No morirá!

Rumores.

ROLANDO.

Pedro el Negro, te olvidas que...

BARON, *con fuerza.*

Digo que no morirá porque será mi muger.

(*la hace pasar á su derecha*) Prestará como nosotros su juramento, y de hoy mas será nuestra cómplice.

GAUFRE, *á los Bandidos.*

El artículo 5.º lo autoriza.

MARIANA, *arojándose á los pies de los Bandidos.*

Oh! nunca, nunca! Matadme primero.

BRIN.

Y tiene razon: es mas seguro, y ademas no moriria sola por mi gusto. Andrés estaba ahora poco aqui con ella.

BARON.

Andrés morirá.

MARIANA.

Dios mio! Andrés... y va á volver aqui.... Oh! piedad para él.

BARON.

No puedo salvarle. Conoce nuestro secreto.

MARIANA.

Yo os juro que no sabe nada.

BARON.

Pues bien, dadme vuestra mano y prometo salvarle.

UN BANDIDO, *desde las rocas.*

Aqui está el Cura.

BARON.

El Cura! (*á Mariana*) Ya sabeis á qué precio salvais la vida de Andrés. (*alto*) Qué todos se retiren, y nadie venga aqui si no hago la señal convenida. (*da en voz baja algunas órdenes á Rolando, el cual las trasmite á otros Bandidos. El Baron tiene agarrada por la mano á Mariana que está temblando: á Gaufré*) Tu quédate.

Mientras Franval baja, los bandidos se van por distintos lados. Gaufré coge á Mariana y se queda con ella algo detrás del Baron.

ESCENA VIII.

MARIANA, FRANVAL, *el* BARON, GAUFRE.

BARON, *dirigiéndose á Franval.*

Dios os guarde, Sr. Franval; y qué tal? han tenido algun resultado vuestras diligencias?

FRANVAL.

No por cierto: despues del ataque del molino, del cual no se os pudo avisar con tiempo, pensé que valia mas en vez de ir yo á la ciudad enviar á otro cualquiera. Pascual, á quien di la comision, hace ya tiempo que debia estar de vuelta, pero todavia no ha parecido; y no queriendo haceros esperar, venia para hablar sobre... Pero no estais solo.

BARON.

Señor Franval: esta mañana creo que os hablé de un matrimonio secreto que deseaba contraer.. Un viage repentino que me obligará á dejar el pais muy en breve... mañana quizas, me obliga á acelerar el momento de mi dicha. Ya he mandado hacer en la capilla algunos preparativos, y aqui teneis á mi novia y á su padre.

FRANVAL.

Mariana!... es imposible! Os casais con el Baron?

BARON, *bajo á Mariana.*

Vuestra respuesta es la vida ó la muerte de Andrés.

MARIANA, *haciendo un esfuerzo*

Si.

GAUFRE.

No estrañeis su turbacion. Ya veis, la alegria... la emocion...

FRANVAL.

Os casais voluntariamente con el Baron, Mariana?

MARIANA, *dominada por las miradas del Baron.*

Si!

BARON.

Y yo me considero dichoso al poder manifestar públicamente, por medio de está alianza, el aprecio y respeto que me merecen las virtudes de Mariana.

FRANVAL.

Yo no bendeciré esta union.

BARON.

Qué decis? Quién se opone á ella?

GAUFRE.

La ley está terminante, ella consiente como habeis oido... yo que soy su padre tambien consiento, y...

FRANVAL.

Repito que no consagraré este matrimonio, si al menos no me permitis antes hablar á solas con Mariana.

BARON.

Eso es bien sencillo; ahora mismo Sr. Cura. (*bajo á Mariana*) Si decis una palabra, ese hombre muere aqui. Si se resiste á casarnos, Andrés muere tambien. (*alto*) Vámonos, mi querido Gaufré.

GAUFRE.

Como gusteis, mi respetable yerno.

Entran en el parque, pero durante la escena que sigue se les vé varias veces acercarse para escuchar.

ESCENA IX.

MARIANA, FRANVAL, *despues el* BARON *y* GAUFRE.

FRANVAL.

Hija mia, es cierto lo que acabo de oir?

MARIANA.

Sí, Señor Cura, es la verdad: acepto la mano del Baron.

FRANVAL.

Voluntariamente?

MARIANA

Voluntariamente.

FRANVAL.

Y Andrés?

MARIANA, *con viveza.*

Ah! no me hableis de él!

FRANVAL.

Ves como te alteras al oir su nombre? Bien temia yo que tu matrimonio con el Baron, no era voluntario. El Baron te dobla la edad... Andrés te ama tiernamente, á qué negarlo? todo hace esperar que vuestra union seria dichosa.

MARIANA.

Ah! demasiado lo sé... pero... Ah! no, no, yo tambien lo he creido asi hasta ahora, pero ya...

FRANVAL.

Y qué te ha hecho mudar de opinion?

MARIANA.

Nada.

FRANVAL.

Habla Mariana. Aqui hay un misterio que no puedo penetrar, pero adivino en tu turbacion, que ese casamiento que se prepara, te horroriza, y yo no le bendeciré, ya lo he dicho.

MARIANA, *aparte.*

Cielos! qué haré? Si se lo digo todo su muerte es cierta... si continúa oponiéndose... van á matar á Andrés... Dios mio! Dios mio!

FRANVAL.

Vamos, hija mia, háblame con franqueza. ¿Acaso tu padre te obliga á contraer estos vínculos?... es avaro... lo sé... y las riquezas del Baron, le seducen. La obediencia filial es muy digna de alabanza, hija mia, pero tambien tiene sus límites. Yo hablaré á Gaufré.

MARIANA.

Ah! no, no hagais tal. Os engañais, soy yo, yo sola..

FRANVAL.

Tú, Mariana!

MARIANA.

Sí, la ambicion... de riquezas... de títulos...

FRANVAL, *con severidad.*

Ah! Mariana!... Mariana!... Pero no, no quiero creerlo, es imposible... para preferir esos títulos vanos, esos falsos placeres, á un amor sincero, es necesario ser egoista y tu no lo eres Mariana. La muger que piensa como tu dices, se dirige al altar sin remordimientos, con la frente elevada y la mirada orgullosa, y... tú, tú pareces mas bien una víctima dispuesta al sacrificio. Desgraciada! Oh! yo me opondré á ese casamiento.

MARIANA.

Ah! no, padre mio, os lo suplico de rodillas... Si me veis triste no es por mí, es por la pena... por el sentimiento que esta noticia va á causar al pobre Andrés... Nada mas que por eso!...

FRANVAL.

Nada mas!... y te parece poco despedazar el corazon de un hombre honrado que no piensa mas que en tí, que no vive sino para tí, y al que has hecho tales promesas, que el quebrantarlas ahora es casi un perjurio?

MARIANA, *abatida.*

Es cierto!... es cierto!...

FRANVAL.

No quiero contribuir por mi parte al olvido de vuestros juramentos... la ciudad no está lejos, el Baron os conducirá á ella pasado mañana... y alli otro sacerdote que no te conozca, que no sepa como yo tus anteriores promesas, te casará con el Baron... pero yo nunca, nunca...

MARIANA, *aparte.*

Mañana... seria tarde; Andrés va á venir. Qué haré! Dios mio! qué haré?

FRANVAL.

Adios Mariana.

MARIANA.

Deteneos, por piedad, deteneos! es preciso que este casamiento se verifique ahora... en este instante.

FRANVAL.

Calla! calla! ó harás que una infame sospecha...

MARIANA.

Os digo que es indispensable.

FRANVAL.

Infeliz... tienes acaso que reparar alguna falta?

MARIANA.

Ah! (*aparte con resolucion*) Qué importa que me crean envilecida, ya no puedo ser de Andrés. (*alto*) Y bien, os negareis todavia?...

FRANVAL.

Desgraciada!

MARIANA.

Por piedad, Señor, no me culpeis... El Baron puede cambiar mañana de resolucion y negarme la reparacion que hoy me ofrece.

FRANVAL.

Tienes razon... levántate ya... os casaré.

MARIANA.

Consentis al fin?

FRANVAL.

Es preciso.

MARIANA, *aparte.*

Andres! he salvado tu vida.

FRANVAL, *al Baron y á Gaufré que entran en escena.*

Señor Baron, consiento en bendecir vuestro matrimonio; voy á entrar en la capilla para orar un momento y hacer los preparativos.

Entra en la capilla.

GAUFRE, *á Mariana.*

Señora Baronesa, yo te doy la enhorabuena..

UN BANDIDO *entrando por el fondo.*

Andrés viene.

BARON.

Para que nada sospeche os dejo sola con él pero mirad lo que decis; vuestra suerte y la suya está pendiente de vuestro labio... Nosotros nos escondemos aqui; por todos lados nuestras balas le amenazan. Si decis una sola palabra de manera que yo no la oiga... si el Cura le habla... si antes de cinco minutos, antes que suene tres veces mi señal, el graznido de un buho, no se retira y os deja sola, perece sin remedio.

El Baron y Gaufré se esconden entre las ramas.

ESCENA X.

ANDRES *y* MARIANA.

ANDRES, *saliendo.*

Al cabo logré alejar de aqui al Cura. Está sola!

MARIANA, *aparte.*

Dios mio! me siento morir. Asesinos por todas partes.

ANDRES.

Si supieras, Mariana con qué impaciencia deseaba volverte á ver... Ese secreto que ibas á confiarme...

MARIANA.

Yo!... no, no, no tengo ningun secreto.

ANDRES.

No me digisteis que volviera para revelármelo?

MARIANA.

No!... yo no he dicho nada.. afirmad que nada os he dicho, que nada os he revelado.

ANDRES.

Es cierto!.. no me has dicho nada hasta ahora... Pero tu mano está helada, miras con espanto á todos lados... temes que alguno...

MARIANA.

Sí, sí, temo que cualquiera venga por aqui.

ANDRES.

No temas nada despues de la derrota de esos bandidos, á los que he jurado un ódio mortal...

Se oye el graznido de un buho.

MARIANA.

Ah!

ANDRES.

Qué es eso Mariana?... tu tienes algo!.. estás temblando.

MARIANA.

Nada, no es nada... el frio... la niebla de la tarde...

ANDRES.

Toma mi brazo te acompañaré hasta casa de tu padre.

MARIANA.

No, no, déjame.

ANDRES.

Que te deje!..

MARIANA.

Sí, déjame sola.

ANDRES.

Sola!.. y de noche... en este sitio apartado... Mariana, qué es lo que te pasa... Oh! no te dejaré aqui, y de grado ó por fuerza...

Graznido de un buho.

MARIANA.

Dios mio! Ah! yo no sé qué hacer!

ANDRES.

En vano quieres negármelo... en el estado en que estás, y á estas horas... no te dejaré sola aqui.

MARIANA, *acercándosele de pronto.*

Andrés, si amas á tu madre parte al momento.

ANDRES.

A mi madre?.. qué dices?

MARIANA

No presiente tu corazon que corre algun peligro?

ANDRES.

Quién? mi madre? un peligro!

MARIANA.

Sí, un peligro de muerte.

ANDRES.

Cielos! es posible! Quién te ha dicho? Es posible?

MARIANA.

No sé... lo he oido al venir aqui...tal vez no será nada; pero si fuese cierto!.. ya ves, tu madre! un instante que pierdas... puede ser causa de su muerte!...

ANDRES, *indeciso.*

Mi madre! Mariana!

MARIANA.

Sí, sí, tu madre! corre...

ANDRES.

Pero tú... tú entretanto...

MARIANA.

No te detengas... yo te seguiré en breve... espero á mi padre que está en el castillo... el me acompañará...

ANDRES.

Mariana!..

MARIANA.

Piensa en tu madre, en tu madre que va á morir si no acudes pronto.

ANDRES, *haciendo un esfuerzo.*

Adios, Mariana, Adios.

Se va precipitadamente por el fondo trepando por las rocas.

MARIANA, *vacilando sobre sus rodillos.*

Ah! las fuerzas me faltan.

ESCENA XI.

MARIANA, *el* BARON, GAUFRE, *saliendo de la derecha*, BRIN *y* ROLANDO *del parque, los siguen llevando hachones.*

MARIANA, *viendo al Baron.*

Se ha salvado, no es cierto?

BARON.

Os lo he jurado.

GAUFRE, *á Brin y á Rolando indicándoles el sitio por donde se ha marchado Andrés.*

Pero para eso yo no he jurado nada. Seguid los dos á esa buena pieza y en estando á cien pasos de aqui...

Rolando y Brin se van detrás de Andrés.

BARON, *á Mariana.*

Serenaos un poco. Aqui está ya el Cura.

GAUFRE, *recogiendo los papeles rotos que tiró Pascual.*

Qué será esto? (*reuniendo los pedazos y leyendo*) Qué veo? nuestro es el tesoro!

Entra precipitadamente en la capilla en el mismo momento que el Cura sale y se dirige hácia Mariana

FRANVAL, *á Mariana.*

Estais decidida?

MARIANA.

Lo he prometido.

GAUFRE, *aparte saliendo de la capilla.*

Se lo han llevado... El Cura atrapó el gato, pero iremos á pedirselo esta noche de modo que no nos lo pueda negar.

Todos van á entrar en la capilla, cuando se oye de repente un tiro que los detiene.

MARIANA, *asustada.*

Un tiro!

BARON.

Bah! será algun cazador.

GAUFRE, *aparte.*

Andrés ya no es temible.

PASCUAL, *entrando por la derecha con mucho cuidado y ocultando su carabina entre las ramas.*

Doce!...

ACTO CUARTO.

Sala baja en casa del Cura; á la derecha del fondo una ventana que dá á la calle; en el centro puerta grande de entrada. En el tablado debajo de la ventana una trampa por donde se baja á la bodega. A la derecha una puerta que conduce al cementerio, cerca de esta puerta un reclinatorio con un breviario; á la izquierda la puerta de la alcoba; en el mismo lado en primer término una cómoda; hay tambien un estante lleno de libros. Una lámpara colgada en la pared del fondo alumbra el teatro.

ESCENA I.

OCULI *subiendo por la trampa de la bodega con un cesto colgado del brazo, una botella en una mano y una palmatoria en la otra.*

Ah!... Dios mio! aquí suena algo.... No, vamos!... es el viento, (*bebiendo*) cobremos ánimo. Tres veces he tenido que reponerme de este modo desde la bodega, y hay nueve escalones... es mucho trabajo! Esta maldita casa está tan aislada... si me sucediese algo ya po-

dia gritar hasta mañana sin miedo de que me oyeran... Por un lado la iglesia, por el otro el camino real, y por allí... el cementerio... (*temblando*) Vaya! qué posicion tan alegre... tan pintoresca! (*vuelve á beber*) Mucho tarda el Sr. Cura, es una crueldad dejarme tanto tiempo solo... Pero ya no puede tardar... A no ser que no haya encontrado la llave del cementerio en el punto convenido en caso de que venga por el bosque. (*asustado*) Por el bosque! y de noche! estando los calentadores en las cercanias, tiemblo solo al pensarlo... Cobremos ánimo!

Bebe.

ESCENA II.

OCULI *despues* PASCUAL.

PASCUAL *que entra por la puerta de la derecha al ver á Oculi.*

Ah!

OCULI, *volviendo asustado.*

Ah! Quien ha dicho ah? Ola eres tú el que tienes la osadia de asustarme? A qué vienes aquí á estas horas? por dónde has entrado?

PASCUAL.

Por el cementerio.

OCULI.

Cuánto va que has dejado la puerta abierta? no es cierto? Vamos Pascual eres un cernícalo... Pero hombre habla, responde...

PASCUAL *con su aire acostumbrado.*

Toma!...

OCULI.

Alma de cántaro... lo mismo eres tu que... dos... y dos... son cuatro;.. me comprendes ahora, animal?

PASCUAL, *lo mismo que antes.*

Ya!

OCULI.

Me dan intenciones de darle un... Voy á ver si está todo bien cerrado.

Se va por el fondo.

ESCENA III.

PASCUAL, *apenas se queda solo desecha la especie de apatia soñolienta en que parece sumido; saca la cagita de debajo de la blusa, busca por todas partes un sitio donde ocultarla, y despues de haber reconocido varios rincones se dirige al estante, toma un libro en fólio, le corta todas las hojas con un cuchillo y pone en su lugar la cagita, y vuelve á colocarlo en el estante como lo habia encontrado. Durante este tiempo tararea en el mismo tono y el mismo aire que siempre.*

Se oye la voz del Cura que habla con Oculi.

El Cura!... yo... á la ciudad ahora... y esta noche otra vez al castillo; pero no iré solo.

Huye por la puerta de la derecha.

ESCENA IV.

FRANVAL *y* OCULI *por el fondo.*

FRANVAL.

No seas estúpido! cuando te digo que la puerta del cementerio está cerrada.

OCULI.

Pues entonces por donde ha entrado?

FRANVAL.

Quien?

OCULI.

El.

FRANVAL.

Quien es el?

OCULI.

Quien ha de ser... el cazurro.

FRANVAL.

Pascual? Con que en fin ha venido?

OCULI.

Quien?

FRANVAL.

Ese muchacho con la carta...

OCULI.

Qué carta?

FRANVAL *enfadado.*

Mira!... si yo fuera soldado como en otro tiempo, ya te hubiera calentado las orejas para aclararte el entendimiento.

OCULI.

Vaya una idea!... que diantre, no sé me hubiera ocurrido á mi en cien años.

FRANVAL *impacientado.*

Donde está la carta que Pascual ha traido para mí?

OCULI.

Señor Cura! permita Dios que Benito toque solo todas las antífonas, si Pascual me ha dado ninguna carta.

FRANVAL.

De veras no te ha dado nada?

OCULI.

Tan de veras como Alejandrina vuestra sotana nueva...

FRANVAL.

Calla por todos los Santos. Yo me tengo la culpa; no debia haber encargado á ese pobre idiota de una comision de tanta importancia aunque tan facil de egecutar.

OCULI.

Efectivamente que el tal muchacho es bestia si los hay... y bien lo prueba lo que le he visto hacer hoy.

FRANVAL.

El que?

OCULI.

No hace mucho que verifiqué mi ronda acostumbrada por el cementerio... todo estaba en regla, nada de nuevo! Pues bien; no hizo mas que pasar ese desarrapado, y ya encontré dos rayas mas, recientes, en la cruz que está sobre la sepultura de su padre.

FRANVAL.

Eso es muy estraño.

OCULI.

Pues á mi me parece muy estúpido, y...

FRANVAL.

Basta! ve á cerrar todo bien... Aunque estamos tan cerca de la Aldea ninguna precaucion esta demas... Afortunadamente mis puertas son bien sólidas, las barras muy firmes, y necesitarian sitiar esta casa en regla para entrar en ella a viva fuerza... y al ruido, toda la Aldea en masa estaria aqui antes de cinco minutos...

OCULI.

Sin embargo, buena es la prudencia; voy á cerrar.

Se va por el fondo.

FRANVAL *solo un instante.*

Cuanto mas pienso en esto, mas me confundo sin poder penetrar este misterio... Mariana! Mariana!. es posible que se vea obligada á ocultar su vergüenza por medio de ese casamiento, muy superior á su clase, pero que no hará su felicidad? oh! estoy seguro de ello .. Y entretanto el pobre Andrés sabrá ya acaso la noticia.

OCULI *entrando.*

Señor, Señor.

FRANVAL

Qué hay?

OCULI *con alegria.*

Qué bien voy á dormir esta noche, hace tres que no pego los ojos de miedo; pero esta. .

FRANVAL.

Tu quieres probarme la paciencia!... Que quieres decir?

OCULI.

Que nos ha llegado un refuerzo.

FRANVAL.

Un refuerzo?

OCULI.

Cuatro gendarmes, ya veis.

FRANVAL.

Donde están?

Los calentadores disfrazados de gendarmes entran por el fondo.

OCULI.

Aquí los teneis. Qué mocetones? estoy por llamar Jonatás al sable de ese mas alto.

ESCENA V.

CUATRO GENDARMES *y despues* ROLANDO *de cabo.*

UN GENDARME.

El Sr. Cura Franval.

FRANVAL.

Para servirte valiente, qué se ofrece?

GENDARME.

Una carta del Burgomaestre de la ciudad.

FRANVAL *leyendo.*

«Señor Cura: Despues del atrevido ataque de los bandidos contra el molino, me ha parecido conveniente para la seguridad de esa Aldea enviar esos cuatro gendarmes al mando de un cabo, á los que tendreis la bondad de dar alojamiento en vuestra casa, por estar mejor situada que ninguna otra para atender á cualquier incidente que ocurra.» Con mucho gusto. Donde está vuestro cabo?

GENDARME.

Le dejamos en la cuadra atando su caballo; pero aquí está ya.

ROLANDO *de cabo.*

Perdonad Sr. Cura. Yo debia haberos presentado mi gente.

FRANVAL.

Quien ha ido á pedir este refuerzo á la ciudad?

ROLANDO.

El Sr. Andrés Dumoutier, que se ha separado de nosotros en el bosque, encargándonos que llegáramos aqui cuanto antes.

FRANVAL.

Muy bien hecho... Pero qué veo? esta carta está manchada de sangre!

ROLANDO.

Si! me han herido en el camino.

FRANVAL.

Herido! y quien?...

ROLANDO.

Una partida de calentadores que nos atacó... pero no ha sido nada.

Llaman á la puerta.

FRANVAL, *á Oculi.*

Vé á ver quién llama.

OCULI.

Voy volando.

Se va por el fondo.

FRANVAL, *á los gendarmes.*

Podeis recogeros á descansar si quereis. Basta que uno de vosotros esté dispierto, los demas estarán en pie á la primera señal de alarma.

OCULI, *entrando.*

Señor Cura, Mariana quiere hablaros.

FRANVAL, *admirado.*

Mariana!

OCULI.

Viene con un criado del Sr. Baron.

FRANVAL.

Hazla entrar... y cuida tu entre tanto de que no les falte nada á los Señores.

ROLANDO.

Gracias, Señor Cura, traemos todo lo necesario.

FRANVAL.

Mariana á estas horas!...

Los gendarmes se van por el fondo. Mariana conducida por Oculi, que se retira desde la puerta, entra tambien por el fondo.

ESCENA VI.

FRANVAL, MARIANA.

FRANVAL, *con severidad.*

Vos aqui, Mariana?

MARIANA.

Señor Cura, no creais que vengo aqui como tantas veces lo he hecho á buscar los consuelos y los consejos de un amigo. Soy una muger como otra cualquiera, que viene á rogar al sacerdote que la escuche.

FRANVAL, *con severidad.*

La Iglesia estará abierta mañana para todo el mundo.

MARIANA.

Y si una muger desconocida viniese á suplicaros como yo que la evitaseis una noche de tormentos, acaso una eternidad de dolores permitiéndola desahogar á vuestros pies su corazon lleno de amargos recuerdos y de desesperacion?

FRANVAL.

Mi deber seria escucharla.

MARIANA.

Y si esta muger viniese ademas á revelaros un secreto que solo vos debeis saber?

FRANVAL.

Diria á esta muger, podeis hablar.

Se sienta en un gran sillon y Mariana á su lado en un taburete.

MARIANA.

Cuando esta mañana vi la primera á los bandidos dirigirse al molino, á uno de ellos se le cayó la máscara que le cubria el rostro, le reconocí al momento; pero á nadie he dicho su nombre...

FRANVAL.

Debeis decírlo; la seguridad pública lo exije.

MARIANA.

Aquel bandido era mi padre.

FRANVAL.

Cielos!

MARIANA, *con ansiedad.*

Recordad que os he dicho que á vos solo revelo este secreto.

FRANVAL.

Continuad.

MARIANA.

Yo queria decir á Andrés, sin revelarle la verdad, que no pensase mas en mí... que me olvidase .. y para esto le esperaba cerca de la capilla. Los bandidos me sorprendieron en aquel sitio, me reconocieron al momento y quisieron darme la muerte... Yo la esperaba resignada; pero su capitan el Baron...

FRANVAL.

El Baron!

MARIANA.

Solo vos me ois, Sr. Cura.

FRANVAL.

Proseguid.

MARIANA.

El Baron dijo entonces «no morirá si quiere ser mi muger.» Oh! pero me amenazaron con que Andrés pereceria tambien conmigo. Andrés que iba á venir de un momento á otro lleno de confianza y de amor... Oh! entonces consentí á todo lo que quisieron... vos os negábais á celebrar el matrimonio... y yo inventé para decidiros y salvar la vida de Andrés aquella mentira contra mi reputacion... Os callais? me condenais todavia?

FRANVAL.

No, hija mia, no; el llanto es el que no me deja hablar.

MARIANA.

Cuando vos me dejásteis, las fuerzas me faltaron y caí desmayada; así que recobré mis sentidos, pedí veros con tales instancias que al fin me lo concedieron, jurando antes por la cruz del Salvador de volver al momento; he venido á decíroslo todo, padre mio, para que exista alguna persona en el mundo que no me desprecie, y tambien para escuchar de vuestro lábio una palabra de consuelo y de perdon.

FRANVAL

Tu perdon! Ah! ven á mis brazos... sí, á mis brazos, pobre criatura!... tanta resignacion, tanto valor!

MARIANA

Oh! sí, he necesitado mucho valor.

FRANVAL, *enjugando sus ojos.*

Y tu crees que yo no desharé ese casamiento impío y sacrílego!

Se levanta.

MARIANA, *con viveza.*

Me habeis prometido el secreto.

FRANVAL.

No quiero dejarte en poder de ese bandido.

MARIANA.

He jurado que volveria.

FRANVAL.

Pues desgraciada! La suerte que te espera es horrible.

MARIANA.

Andrés no morirá. Su madre queria llamarme su hija; ya que esto es imposible, al menos he salvado la vida de su hijo.

FRANVAL.

Y qué va á ser de él, que te amaba tanto?

MARIANA.

Por él he venido tambien aqui. Es preciso que parta al amanecer, esta noche, al momento, hoy mismo; todavia es tiempo, todavia puedo protegerle; pero mañana... mañana... quién sabe! seria ya tarde! Prometedme que le vereis y que le consolareis con vuestras santas palabras, porque él tambien va á ser muy desgraciado... y mas que todo padre mio, procurad calmar su ódio contra mí; decidle con la autoridad de vuestra palabra, que á pesar de las apariencias yo he sido siempre digna de su amor... repetídselo muchas veces y os creerá, padre mio... y conservará algun recuerdo de la pobre Mariana.

FRANVAL.

Sí, sí, se lo diré, yo te lo prometo.

MARIANA.

Y ahora, por si no os vuelvo á ver jamás...

FRANVAL.

Qué dices!

MARIANA.

Bendecidme, padre mio.

FRANVAL.

Ah! sí, yo te bendigo con todo mi corazon... pero quédate aqui.

MARIANA.

Imposible, lo he jurado... (*aparte*) Ya puedo morir!

OCULI, *dentro.*

Por aqui, Sr. Andrés, por aqui.

FRANVAL.

Andrés? Dios le envia! él sabrá convencerte mejor que yo (*yendo á la puerta*) Andrés... Andrés!...

Sale un instante.

MARIANA.

Oh! Andrés, Adios para siempre. (*se acerca precipitadamente al reclinatorio y mete una carta entre el breviario*) Cuando él encuentre esta carta ya habré dejado de sufrir.

Se va por la puerta de la derecha.

ESCENA VII.

ANDRES, FRANVAL, *despues* OCULI.

FRANVAL.

Ven, ven, amigo mio.

ANDRES.

Por fin, os encuentro.

FRANVAL, *aparte volviéndose.*

Dónde está Mariana? No se habrá atrevido á verle... en mi cuarto sin duda... (*alto*) Pero qué te ha pasado?... tus vestidos están desgarrados y en desórden!

ANDRES.

Me han asaltado enmedio del bosque.

FRANVAL.

Qué dices!

ANDRES.

Uno de mis adversarios cayó herido por una mano invisible, yo logré sugetar al otro, y la luz de la luna me dejó ver unas facciones que no olvidaré en toda mi vida!.. Pero dejemos esto... Sabeis que soy muy desgraciado? Mariana me engaña, no sé qué pensar de ella Ha inventado una mentira que me puso en una ansiedad cruel, solo con el fin de alejar-

me de su lado... y á estas horas todavia no ha vuelto á la posada de su padre.

FRANVAL.

Andrés; hijo mio, tendrás valor para escucharme?

ANDRES.

Me asustais. . Qué sucede?

FRANVAL.

Tendrás confianza en mi buena fé? creerás en mi palabra?

ANDRES.

Hablad! hablad!

FRANVAL.

Pues bien, yo te juro ante Dios que Mariana tiene el alma mas pura y mas generosa que puede haber en el mundo... Lo oyes?

ANDRES.

Sí, sí... y lo creo porque vos lo decis... Que feliz me habeis hecho! la amo tanto...

FRANVAL.

No es ya amor lo que debes sentir por ella, sino respeto y gratitud.

ANDRES.

Gratitud! respeto?..

FRANVAL.

Te ha salvado la vida.

ANDRES.

Qué decis? Mariana?

FRANVAL.

Sí; pero á costa de un gran sacrificio... porque te amaba tambien como tú á ella. . acaso mas... y sin embargo...

ANDRES.

Sin embargo?... acabad! estais pálido, alterado, Dios mio! habrá muerto.

FRANVAL.

No.

ANDRES.

Entonces!...

FRANVAL.

Se ha casado.

ANDRES.

Casado! Oh! no es verdad! imposible.

FRANVAL.

Yo mismo he bendecido su union.

ANDRES.

Con que es cierto! se ha casado? infame!

FRANVAL.

Calla! calla!...

ANDRES.

Oh! no, es una infame! perjura!

FRANVAL.

Calla!... desgraciado; tus palabras van á matarla, está aqui... escuchándote...

ANDRES, *corriendo á la derecha.*

Aqui... Oh! si, quiero que me oiga, que muera bajo el peso de mis injurias.

Entra en la derecha.

FRANVAL.

Andrés! Andrés!

ANDRES, *volviendo.*

No hay nadie.

FRANVAL.

Nadie! Dios mio! Mariana! Mariana!

ESCENA VIII.

DICHOS, OCULI *entrando por el fondo y cerrando la puerta tras él.*

OCULI, *en la mayor alteracion.*

Ay Dios mio! Dios mio!

FRANVAL.

Dónde está Mariana?

OCULI.

Se fué. Uno de los gendarmes la ha llevado... Oh! Qué gendarmes!

ANDRES.

Dónde, dónde?

OCULI.

Hasta donde la esperaba el criado del Baron.

ANDRES.

Del Baron!... Con que él es... Oh! necesito su vida y la de Mariana.

FRANVAL, *deteniéndole.*

Detente, escucha...

ANDRES.

Os digo que necesito su vida.

OCULI, *agarrándole por el brazo.*

No nos abandoneis... si supiérais... los gendarmes...

ANDRES.

Dejadme, dejadme.

FRANVAL.

Andres, cálmate, yo te lo suplico... yo te lo mando.

ANDRES *saliendo.*

Le mataré!... sí, le mataré!

Se deshace de ellos y se va por la derecha.

ESCENA IX.

FRANVAL, OCULI.

FRANVAL.

Desgraciado! va á perderse.

OCULI, *en el mayor espanto.*

Nosotros, si, que estamos perdidos sin remedio.

FRANVAL.

Perdidos? por qué?... vamos, habla?

OCULI.

Los gendarmes... los gendarmes!...

FRANVAL.

Y bien, los gendarmes?... acaba.

OCULI.

Huyamos, huyamos al momento.

FRANVAL, *deteniéndole.*

Hablarás ó no?

OCULI.

Socorro! socorro!

FRANVAL.

Estás loco!

OCULI.

Los gendarmes... buena gente... Ay Dios mio!... Estaban hablando con unos hombres enmascarados .. allí... por la ventana baja... están de inteligencia... los gendarmes les ayudan á limar la reja...

FRANVAL.

Los gendarmes!..

OCULI.

Son bandidos disfrazados. . yo venia á avisaros... no me habeis dejado acabar...

FRANVAL.

Ah! todo lo adivino ahora, Dios mio!.. y no hay tiempo... (*á Oculi*) Cierra los postigos de esa ventana, pronto! despacha!

OCULI.

Dios nos valga!

Cierra la ventana.

FRANVAL.

Les abandonaremos lo demas de la casa: esta puerta es sólida y no podrán derribarla.

OCULI.

Estoy muerto.

FRANVAL.

Ah! no tener armas! ni una siquiera!..

Llaman á la puerta

OCULI.

Esto es hecho!

FRANVAL.

Silencio!

ROLANDO, *dentro*

Señor Cura!

FRANVAL.

Qué quereis?

ROLANDO.

Quiero hablaros... soy el Cabo .. tengo que tomar algunas disposiciones.

FRANVAL.

No abro á nadie.

ROLANDO.

Abrid, abrid!

FRANVAL.

Sois los bandidos... estais descubiertos!

ROLANDO, *cambiando de tono.*

En ese caso, abrid ó sois muerto!

FRANVAL.

No abriré.

ROLANDO.

Derribaremos la puerta.

OCULI.

Ois?

FRANVAL.

La puerta es solida... probadlo...

Sacuden la puerta con estrépito. Rumor de voces dentro.

OCULI.

Van á derribarla!

FRANVAL.

Ah! esta cómoda... (*carga con la cómoda y la pone delante de la puerta*) Aqui. Bien! Resiste todavia. (*el ruido cesa. Escuchando*) Se retiran?..

OCULI.

Nos hemos salvado.

FRANVAL.

Mucho lo dudo. Entreabre las maderas y mira por la ventana.

OCULI.

Y si me descerrajan un tiro?

FRANVAL

No se atreverán. Darian la alarma á todo el pueblo... Oh! ahora comprendo por qué se han valido de esa estratagema .. No podian penetrar aqui a viva fuerza.

OCULI, *que ha mirado por la ventana.*

No veo á nadie... no pueden salir sin que yo los vea desde aqui.

FRANVAL, *escuchando.* .

Nada! ni el menor ruido. Este silencio es mas espantoso que la muerte... sin duda preparan alguna combinacion infernal, estamos perdidos!... Vamos, Oculi, valor; es preciso morir como hombres, y como cristianos.

OCULI.

Piedad! Dios mio, piedad!

FRANVAL.

Sí, debemos pedir piedad al Señor: si quiere llamarnos á sí, hágase su voluntad. La muerte me será menos amarga, ahora que Andrés y Mariana son desgraciados. Valor!... Quiero rogar á Dios por mis asesinos. (*toma el breviario, el papel de Mariana cae al suelo*) Qué es esto?

OCULI, *señalando á la puerta.*

Señor Cura! mirad, mirad...

FRANVAL, *leyendo.*

« Adios... rogad por mí... mañana habré dejado de sufrir. »

OCULI.

Sale humo! queman la puerta!...

Se ve salir el humo por debajo de la cómoda.

FRANVAL.

Ah! desgraciada! un suicidio! es preciso salvarla... Sí, aun es tiempo.

OCULI, *espantado.*

Fuego!.. fuego!..

FRANVAL.

Abre la puerta.

OCULI.

La puerta!...

FRANVAL, *retirando con precipitacion la cómoda.*

Dios mio! si fuera tarde. .

OCULI, *huyendo por la trampa de la cueva.*

Le matan sin remedio.

ESCENA X.

FRANVAL, GAUFRE, ROLANDO, BANDIDOS *disfrazados de gendarmes y otros enmascarados.*

Asi que el Cura abre la puerta los bandidos se precipitan sobre él.

FRANVAL.

Desdichados! qué haceis? soy un sacerdote.

ROLANDO.

Sugetádle... que no se escape.

FRANVAL.

Tomad todo cuanto tengo... pero dejádme salir.

GAUFRE.

Salir! no pides poco!

FRANVAL.

Dejadme! dejadme! peligra la vida de una infeliz...

ROLANDO.

Mas peligra la tuya si no nos entregas al momento los treinta mil francos.

GAUFRE Y BANDIDOS.

El tesoro!

FRANVAL.

No le tengo!... Oh! yo os daria todos los de la tierra por una hora de libertad.

Procurando desasirse.

ROLANDO.

Venga el tesoro.

FRANVAL.

No le tengo! no le tengo! ya os lo he dicho.

GAUFRE, *mirando á la habitacion de la izquierda.*

En ese cuarto hay lumbre, despachad!

ROLANDO, *llevándose al Cura.*

Vamos.

FRANVAL, *resistiéndose.*

Por piedad. La infeliz va á comparecer delante de Dios, manchada con el crimen de su muerte.

GAUFRE.

Ea! llevadle... ya sabeis, hasta que cante claro. (*se llevan al Cura*) Nosotros busquemos entretanto.

UN BANDIDO *rompiendo un mueble.*

Nada!

OTRO *delante de otro mueble.*

Nada tampoco.

OTRO *buscando en la cómoda.*

Puede ser que esté aquí.

GAUFRE.

Tal vez tenga secretos, miradlo bien... tentad las paredes.

UN BANDIDO *saliendo del cuarto de la izquierda.*

No confiesa nada.

GAUFRE.

Proseguid... Ahi tienes leña (*le arroja varios libros del estante*) Qué hay?

A Rolando.

ROLANDO *saliendo de la izquierda.*

Ni una queja sale de sus labios... está rezando en voz baja... Yo no me atrevo á estar allí.

GAUFRE *siempre arrojando libros.*

Cobardon!... Nada! libros y mas libros!..

UN BANDIDO *arroja un libro y la caja cae al suelo.*

El tesoro... el tesoro!...

ROLANDO.

El tesoro!

BANDIDOS.

A repartirlo, á repartirlo!

Los que estaban en el cuarto del Cura salen tambien al oir el tesoro!

GAUFRE.

Papeles! (*los recorre rápidamente mientras que los bandidos ecsaminan los diamantes los biltetes de banco y el oro que contiene la caja; aparte.*) Qué veo! mi parte puede ser mayor que la de todos. (*alto á los ladrones*) Deteneos!

ROLANDO.

Por qué?

GAUFRE.

Este tesoro pertenece á la Señorita de Bianville.

BANDIDOS.

Que importa!

GAUFRE.

La Señorita de Bianville es Mariana, la muger del Capitan.

BANDIDO.

Mariana!

GAUFRE, *tomando la cagila.*

El negocio está hecho y ha salido perfectamente; llevemos el tesoro y el capitan decidirá.

Salen sin hacer ruido.

ESCENA XI.

FRANVAL *despues* PASCUAL *y* OCULI.

FRANVAL *saliendo de su cuarto y haciendo grandes esfuerzos para andar, cae desfallecido... los pies cubiertos por la cómoda medio derribada.*

Mariana es hija del Conde de Bianville! este casamiento es nulo! Dios mio! dadme fuerzas!.. Tal vez espira en este momento!.. No puedo mas... Andrés! Mariana!

PASCUAL, *entrando por la derecha y viendo á Franval.*

El Cura!

FRANVAL *con dolor.*

Ah! es Pascual, inútil socorro.

PASCUAL, *viendo el libro en el suelo.*

El tesoro! han venido á buscarle... y vos vos! Ah! yo tengo la culpa. Maldecidme, matadme

FRANVAL, *sorprendido.*

Qué lenguage!... Con que comprendes?..

PASCUAL.

Si, si; todo lo comprendo, el término de mi venganza está cercano.

FRANVAL.

Infeliz! con que tu idiotismo era...

PASCUAL.

Ya lo sabreis todo... Ahora es preciso socorreros.

FRANVAL.

Lo primero es salvar á Andres.

PASCUAL.

Andres! donde está?

FRANVAL.

Ha ido al castillo

PASCUAL.

Ah! su muerte es cierta... pero vos, vos entretanto... (*llaman á la trampa de la cueva*) Quien llama!

FRANVAL.

Es Oculi.

PASCUAL, *se dirige á la trampa, la abre, hace salir á Oculi, y le conduce rápidamente cerca de Franval.*

Ahi tienes á tu amo que no has sabido defender. (*Toma unos trapos de uno de los cajones de la cómoda que los ladrones han dejado esparcidos por el suelo.*) Al menos, cura sus heridas. Si puede andar solo acompañale, y si no llévale en tus hombros hasta el castillo. Oh! si yo tuviera fuerzas!.. Al salir toca la campana, paraque se reunan todos los mozos de la Aldea. En la ciudad ya está dada la alarma y las tropas se han puesto en marcha... Al castillo, padre mio, al castillo! Andres! Me ha recogido en mi orfandad, me ha alimentado y protegido... Ama á Mariana... Yo le salvaré, padre mio, yo le salvaré!

Se va corriendo.

FRANVAL.

Dios mio! protegedle!

ACTO QUINTO.

Sala en el castillo del Baron; en el centro del fondo una alcoba: en el ángulo de la derecha ventana; en el de la izquierda la puerta de entrada. En los dos lados una enfrente de otra puertas de gabinetes. A la derecha del proscenio una mesa con un tapete y escribania: sobre la mesa una vela encendida. A la izquierda del proscenio un velador: las cortinas de la alcoba están descorridas y dejan ver el resplandor rojo del carbon encendido en una hornilla: es enteramente de noche; solo la luz de la bujia alumbra la sala.

ESCENA I.

Al levantarse el telon Mariana medio desmayada está casi tendida sobre el brazo de un sillon colocado á la derecha de la alcoba.

MARIANA *sola.*

Cuando venga el Baron no tendré ya nada que temer (*se dirige vacilando á la mesa de la derecha sobre la que hay una carta empe-*

zada.) Sí, la muerte es mi único refugio. . no tardará en venir!... La atmósfera que me rodea es cada vez mas densa... Pero esta muerte es lenta... cruel... Dios mio, perdonadme... Mi mano no hubiera tenido valor para herirme... y es preciso morir... sí, es preciso... el gas que se desprende de esos carbones encendidos no me deja ya respirar; oh! Andrés... cuánto te amo! Andrés! quiero que por estas líneas, las últimas que escribo... sepas que he muerto pura y digna de tí... (*tomando una pluma para firmar*) Adios, adios para siempre... (*la pluma se la cae de las manos*) La cabeza me pesa como el plomo (*la luz de la bugia se va disminuyendo dulcemente hasta que se apaga*) Mi vida se apaga tambien como esta luz. (*da algunos pasos á la izquierda*) Que vértigo! Dios mio! es ya la muerte! Tan pronto... Ah! (*queriendo dirigirse á la ventana*) Aire! Aire!

Cae desmayada.

ESCENA II.

ANDRES, MARIANA *desmayada.*

Andrés rompe la ventana con estrépito y salta á la escena que está enteramente oscura.

ANDRES.

Dónde estoy? Hace un momento que habia luz en este cuarto .. trepando por el enverjado he podido subir hasta aqui; (*deteniéndose*) pero qué sensacion esperimento... me cuesta trabajo respirar. (*Mariana suspira*) Aqui hay alguien... una muger! (*bajándose y examinándola*) Mariana! (*mirando á la alcoba y viendo el reflejo del carbon encendido*) Ah! desgraciada, todo lo comprendo! (*corre á abrir de par en par la ventana*) Aire!.. aire!.. (*volviendo y poniéndose de rodillas junto á Mariana, á la que procura volver el conocimiento*) Mariana!... muerta, cielos! Mariana!

MARIANA *reanimándose.*

Andrés!

ANDRES.

Oh! Bendito seais Dios mio!... Vive... me ha oido... Mariana!.. mi amor... soy yo... Andrés!

MARIANA *delirante.*

Oh! si... te amo... si... ya no nos separaremos nunca.

ANDRES.

Nunca! Nunca!

MARIANA.

Nunca!... ahora!... en el cielo los dos... Si tu supieras... he sufrido mucho! mucho!.. pero no podia vivir... Y tu tambien has muerto!

ANDRES.

Dios mio!... Ha perdido la razon... Dios mio!.. Mariana vuelve en tí... soy yo... Andrés... tu amante... que está á tu lado.

MARIANA *recobrando el sentido.*

Andrés?... dónde estoy? Quién me llama?

ANDRES.

Demos gracias á Dios, Mariana, porque he llegado á tiempo para estorbar tu funesta resolucion.

MARIANA.

Es cierto! vuelvo á la vida. . existo... Ah! Desdichados de nosotros... Andrés! tu peligro me vuelve la razon... Huye, huye pronto! tu vida está aqui en mucho riesgo.

ANDRES.

No, me quedo... Te amo mucho para abandonarte á otro... Yo no puedo penetrar este horrible misterio; pero el Cura me ha dicho que te habias sacrificado por salvarme la vida... Y ya lo veo... pero este sacrificio no se cumplirá...

MARIANA.

En nombre del cielo! si vienen, estás perdido.

ANDRES.

Que vengan.

MARIANA.

Dios mio!... no oyes sus pasos? Va á venir y no me hallará muerta... esa ventana...

Corriendo á ella.

ANDRES, *deteniéndola.*

Qué haces?

MARIANA, *viendo entrar al Baron.*

Ah! Dios mio!

ESCENA III.

DICHOS, BARON.

Criados que traen luces, las colocan sobre la mesa y vuelven á salir.

BARON.

Aqui Andrés!

MARIANA.

Piedad, piedad para él.

ANDRES.

No vengo á pedir piedad sino justicia!... Responded, Caballero; de qué medio os habeis valido para obligar á esta jóven á que os dé su mano?

BARON.

Y vos, respondedme; qué haceis á estas horas en mi casa?

ANDRES.

Vengo á arrancaros vuestra víctima.

MARIANA.

Andrés!... Calla, calla! en nombre del cielo!...

BARON.

Mi víctima? Os habeis vuelto loco? olvidais que es mi muger... que vuestro amigo el Cura Franval ha bendecido nuestra union... y sobre todo, que estais en mi casa?.. compadezco vuestro amoroso despecho... pero creedme, no abuseis por mas tiempo de mi compasion.

MARIANA, *al Baron.*

Me habeis jurado salvarle.

ANDRES.

No rogueis por mí á ese hombre, Mariana; porque yo quiero matarle.

MARIANA.

Andrés... tú no sabes que su poder...

BARON.

Silencio! Señora, si decis una palabra mas!

MARIANA, *á Andrés.*

Ah! no, no, dejame, huye! He entregado libremente mi mano... al Baron .. y...

ANDRES.

Os repito que no será vuestra muger mientras viva... ó mi vida ó la vuestra.

BARON.

Jóven! aprovechaos de este instante de clemencia inesperada, dentro de un minuto será ya tarde...

ANDRES.

Con que tu valor no se ejercita mas que contra las mugeres!

BARON.

Ay de tí, si llegas á esperimentarlo!

ANDRES.

Ahora mismo.

BARON, *con ironía.*

No, mañana.

MARIANA, *á Andrés.*

Salid, por piedad, salid de aqui.

ANDRES, *al Baron.*

Cobarde! infame! te escupiré en el rostro.

BARON, *furioso.*

A mí!

MARIANA.

Dios mio!

ANDRES.

Ven!... ven!... conmigo!

BARON.

Tú lo quieres...

ANDRES.

Y pronto!

BARON.

Muy jóven eres!... es lastima! Sígueme.

ANDRES, *con alegría.*

Ah!

MARIANA.

No salgais, Andrés, no salgais...

ANDRES.

Vamos.

BARON.

Vamos.

ESCENA IV.

DICHOS, GAUFRE *entrando por la puerta pequeña de la izquierda.*

MARIANA.

Mi padre!

GAUFRE, *sin ver á Andrés y poniendo la caja sobre el velador.*

Aqui esta el tesoro!... pero á qué tiempo!.. una partida de tropa se acerca... sin duda la muerte de Andrés...

ANDRES, *adelantándose.*

Quién os ha dicho?...

GAUFRE, *asustado.*

Es él!

BARON, *acercándose á Gaufre, bajo.*

Qué sucede?

GAUFRE, *lo mismo.*

Están cercando el castillo.

BARON, *lo mismo.*

Empecemos por deshacernos de este hombre.

GAUFRE, *lo mismo.*

El diablo nuestro protector nos le ha enviado. Nos servirá de rehenes.

ANDRES, *al Baron.*

Os espero, Baron.

BARON.

No esperarás mucho tiempo.

ESCENA V.

DICHOS, ROLANDO.

ROLANDO, *entra por la derecha y se encuentra cara á cara con Andrés.*

Capitan! (*ve á Andrés y se vuelve*) Me ha conocido! osadía!

ANDRES, *aparte.*

El hombre que me asaltó en el bosque.

ROLANDO, *bajo al Baron.*

Capitan, todas las salidas están cerradas solo queda libre la del subtérráneo.

ANDRES, *aparte.*

Con la librea del Baron!

MARIANA, *aparte.*

Qué es lo que pasa!

BARON, *despues de haber reflexionado un instante. A media voz.*

Gaufré, conduce á la gente por el corredor de la capilla. (*alto á Rolando*) Mi capa... mis armas...

Rolando entra en la derecha.

ANDRES *aparte.*

Si pudiese aclarar mis sospechas... (*Rolando trae la capa y las pistolas, y las pone sobre la mesa*) Ah! este reloj!

Le pone al lado de las armas.

BARON.

Mariana retiraos (*toma las pistolas. A Andrés*) Vos me seguireis.

MARIANA, *con energia.*

Oh! no vayas, Andrés.

BARON, *se vuelve furioso.*

Mariana!

En seguida vé el reloj encima de la mesa y lo coge maquinalmente.

ANDRES, *deteniendo la mano del Baron.*

Perdonad, Señor Baron, os engañais... Este reloj...

BARON, *mirándole.*

Es mio, Caballero.

ANDRES.

Estais seguro?

BARON *con impaciencia.*

Muy seguro... y semejante sospecha...

Mete el reloj en su bolsillo.

ANDRES *con impetuosidad.*

No! no es una sospecha... ya lo veo todo... Mariana, este hombre es un infame... un...

MARIANA *suplicando.*

Calla! calla!

BARON.

Muy cansado estás de vivir.

ANDRES.

Capitan de bandidos! ya te conozco!

MARIANA *conteniendo al Baron.*

Oh, la muerte! la muerte á mi primero!

ANDRES.

Cuál es tu nombre?

BARON.

Lo sabrás al morir.

MARIANA *poniéndose entre ellos.*

Moriremos juntos.

BARON.

Y bien! no importa, serán dos en vez de uno (*les apunta con sus pistolas*) Ves á alabarte al otro mundo de que has visto á Pedro el Negro.

Se oye un tiro disparado por Pascual que aparece en el poyo de la ventana, el Baron cae muerto.

BARON *cayendo.*

Ah!

ESCENA VI.

PASCUAL, *despues* GAUFRE, FRANVAL, OCULI, BANDIDOS *y* SOLDADOS.

PASCUAL *despues que ha visto caer al Baron.*

Trece! (*salta á tierra, Mariana cae en los brazos de Andrés, Pascual arrodillándose en medio de la escena.*) Oh! Padre mio! ya estás vengado!

ANDRES *tendiéndole la mano.*

Mi libertador!

Se oyen tiros fuera.

GAUFRE *entra vacilando por la puerta de la derecha, cayendo.*

Herido!.. Dios me perdone.

MARIANA, *queriendo conocerle.*

Mi padre!

FRANVAL *entra sostenido por Oculi y rodeado de paisanos.*

No lo ha sido nunca. Eres hija del Conde de Bianville.

MARIANA.

Que decís?

PASCUAL, *tomando la cagita que está sobre la mesa.*

Aquí teneis vuestros títulos y riquezas.

OCULI.

Calla! y es este el estúpido?

ANDRES.

Mariana! es esto un sueño?

MARIANA, *á Franval.*

Soy hija del conde de Bianville?..

FRANVAL.

Yo fuí su amigo cuando era soldado. Ahora sacerdote de Dios le doy gracias porque me ha permitido reconocer á su hija y bendecirla en su nombre!

Mariana y Andres se arrojan en los brazos de Franval.

FIN DE PEDRO EL NEGRO, ó LOS BANDIDOS DE LA LORENA.

Madrid.—Imprenta de D. F. SUAREZ plaz. de Celenque, 3.

DICCIONARIO
DE
MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA!

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 44—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 130 á 132)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID